

4-23-3-49

31

GUILLERMO TELL

ó

LA SUIZA LIBRE,

*Por M. Florian.*

NUEVA TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR

S. Gram y S. Serobal.



Barcelona.

IMPRESA DE J. VERDAGUER.

1834.

C  
001  
092  
(31)

Universitat  
MAD

~~29~~  
~~190~~

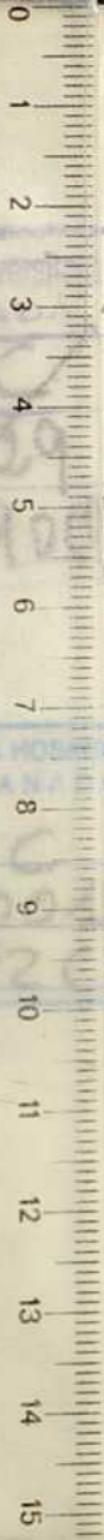
28E70122

Biblioteca Central
GRANADA
Señal
Estado
Número

1920

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Señal
Estado
Número

311



R-21.449

**GUILLERMO TELL**

ó

**LA SUIZA LIBRE.**

DONADO Á LA BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA DE GRANA-  
DA POR ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖  
FRANCISCO LUIS HIDALGO  
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA  
DE LA POETISA GRANADINA  
D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO. ❖



122107332

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Sala	C
Estante	29
Número	190(1)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL	
GRANADA	
Sala:	C
Estante:	001
Número:	092 (31)

R-21.449

**GUILLERMO TELL**

ó

**LA SUIZA LIBRE.**

DONADO Á LA BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA DE GRANA-  
DA POR ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖  
FRANCISCO LUIS HIDALGO  
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA  
DE LA POETISA GRANADINA  
D.ª ENRIQUETA LOZANO. ❖



PMH.15-9

---

No se puede reimprimir esta obra sin permiso  
de los propietarios.

---

GUILLERMO TELL

ó

LA SUIZA LIBRE,

*Por Mo. Florian.*

NUEVA TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR

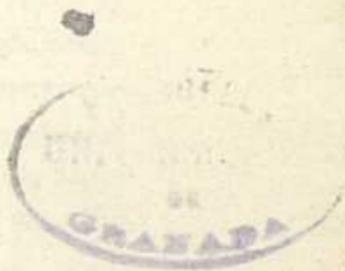
*S. Gram y Serobal.*



Barcelona.

IMPRENTA DE J. VERDAGUER.

1834.



4492

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

CHICAGO, ILL.



UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

---

**GUILLERMO TELL**  
ó  
**LA SUIZA LIBRE.**

---

**INTRODUCCION.**

---

**A**MANTES de la patria , corazones magnánimos , almas sensibles , vosotros que sabeis morir por vuestra independendia , deseosos de vivir únicamente para consuelo de vuestros hermanos , prestad oido atento á mi voz. Venid á oir , á saber de que modo un solo hombre nacido en un pais salvage , en medio de un pueblo oprimido bajo la vara de hierro de un opresor estrangero , con solo su valor consiguió levantar un pueblo abatido , darle un nuevo ser , é instruirle en fin en sus derechos ; derechos sagra-

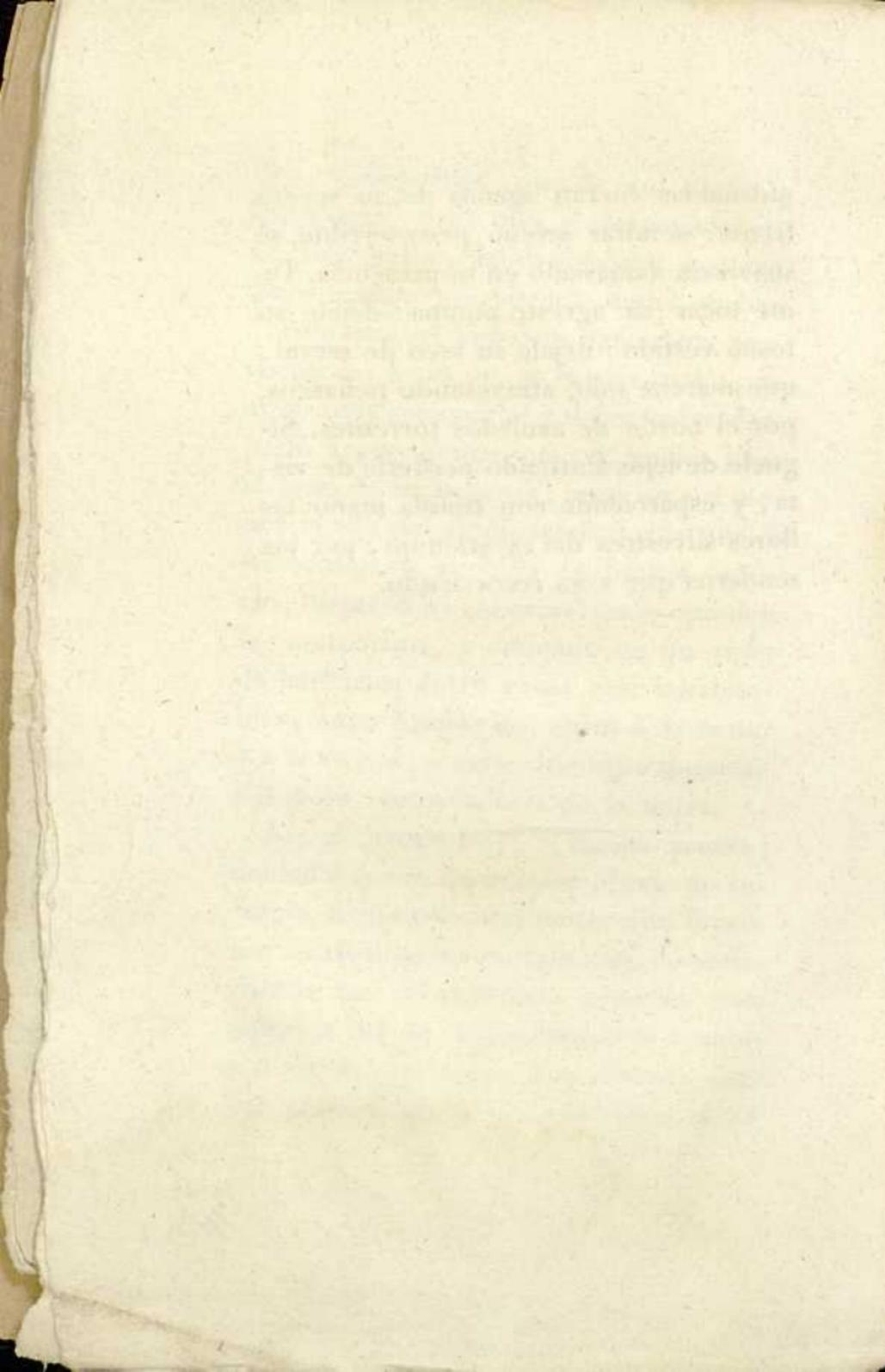
dos , inalienables , que de una parte la ignorancia , y de otra el despotismo de un usurpador , habian hecho por tan largo tiempo un misterio impenetrable.

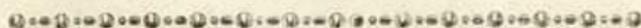
Este hombre hijo de la naturaleza , proclamó las leyes de su madre patria , se armó para sostenerlas y defenderlas , despertó á sus compatriotas dormidos bajo el peso de las cadenas , puso en sus manos la reja del arado trasformada por él en refulgente cuchilla de héroes , venció , dispersó las cohortes que le oponian la usurpacion , y viviendo en un siglo de barbarie , entre rocas casi inhabitables , supo fundar un retiro á la razon y á la virtud , á estas dos hijas queridas del cielo , consoladoras de la tierra.

No te invoco hoy , ó divina poesía , deidad á quien he acatado desde mi infancia , á tí , cuyas deslumbrantes ilusiones constituyeron mi felicidad. Guarda , guarda tus encantadores pinceles para aquellos héroes cuyas imágenes necesitan ser hermo세adas. Tus adornos desfigurarian al que quiero celebrar , y tus

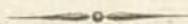
guirnalda fueran ajenas de su severa frente: su mirar sereno, pero terrible, se suavizara demasiado en tu presencia. Teme tocar su agreste pompa: déjale su tosco vestido: déjale su arco de serval: que marche solo, atravesando peñascos, por el borde de azulados torrentes. Síguele de lejos sintiendo perderle de vista, y esparciendo con tímida mano las flores silvestres del escaramujo, por los senderos que vaya recorriendo.







## LIBRO I.



EN medio de la antigua Helvecia , en aquel pais tan famoso por el valor de sus habitantes , en tres cantones , cuyo estrecho recinto está cerrado por todas partes con peñascos inaccesibles , habian conservado sus naturales aquellas sencillas costumbres que el Criador del mundo dió al principio á todos los humanos , para preservarse de los vicios. El trabajo y la frugalidad , la buena fé y el pudor , todas las virtudes en fin perseguidas por los conquistadores , fueron á ocultarse detrás de aquellas montañas , y allí permanecieron desconocidas largo tiempo , sin quejarse de su feliz obscuridad. A su vez vino tambien la libertad á sentarse en lo alto de aquellos peñas-

cos, y desde aquel dia venturoso, el verdadero sabio, el héroe verdadero no pronuncia jamás sino con respeto y veneracion los nombres de Uri, de Eschwitz y de Underwald.

Los habitantes de estos tres cantones, incesantemente ocupados en los trabajos del campo, permanecieron muchos siglos ajenos de los crímenes y de las desgracias que son consecuentes á la ambicion, á las contiendas, y al culpable delirio de aquellos numerosos caudillos de bárbaros, que bajo las ruinas del imperio romano formaron una multitud de estados, usurparon la justicia y gobernaron por medio de un horrible código, redactado por la ignorancia en favor de la tirania y de la supersticion. Los pastores, los labradores del canton de Uri, olvidados y aun despreciados por aquellos devastadores del género humano, y debilmente sometidos á los nuevos césares, conservaron á lo menos el nombre consolador de hombres libres, guardando sus antiguas leyes, sus usos y severas

costumbres. Los padres de familia tranquilos como dueños soberanos en sus pacíficas chozas envejecían en paz, siempre rodeados del amor y del respeto de sus hijos ; y estos , ignorando lo malo , temiendo á Dios y reverenciando á sus padres , no conocían otra felicidad , otro deseo , ni otra esperanza , que la de parecerse al hombre honrado á quien debían el ser ; y en obedecerle y en imitarle fundaban la ventura de sus días. Aquel pueblo sencillo y virtuoso , protegido por su misma pobreza , casi ignorado del universo , y aislado con la naturaleza , continuaba siendo bueno , y por tanto no era castigado.

No lejos de Altorff su capital , á la orilla del lago que da nombre á la ciudad , se eleva una montaña , desde donde el viagero fatigado con una larga y penosa subida , descubre una multitud de valles , cerrados con desigualdad por montes y por rocas. Arroyos y torrentes rápidos , que unas veces formando cascadas y saltando por entre las rocas , otras serpen-

teando por una madre llena de légamo, bajan murmurantes, se precipitan, llegan á los valles, y mezclan y confunden allí sus aguas; riegan estensas praderas cubiertas de inmensos rebaños, y van á desembocar en lagos claros donde vienen los toros á lavarse.

En la cumbre de aquella montaña habia una pobre choza, rodeada de un campo de corta estension, de un viñedo y de un huerto. Un labrador, un héroe ignorado aun de sí mismo, que no conocia en su corazon otra pasion que el ardiente amor de su patria, Guillermo Tell, en fin, apenas tenia veinte años cuando recibió de manos de su padre aquella corta heredad. Hijo mio, le dijo el viejo moribundo, yo he trabajado y he vivido. Sesenta inviernos se han pasado en este pacífico asilo, sin que el vicio se haya atrevido á pasar el umbral de mi puerta, sin que una vez siquiera hayan venido los remordimientos á turbar mis tranquilas noches. Trabaja como yo Guillermo mio, elige como yo una mu-

ger prudente y discreta, cuyo amor y confianza, cuya dulce y paciente amistad, multipliquen tus inocentes placeres, y sea partícipe de la mitad de tus penas... ¡Cásate mi querido Guillermo! El hombre virtuoso sin esposa, tan solo lo es á medias. Quédate con Dios y modera tu dolor; el hombre de bien mira la muerte con serenidad. Cuando yo te enviaba á llevar á nuestros hermanos los frutos, y el pan que les hacia falta, dime, ¿no tenias una particular complacencia en volver á enterarme de las buenas acciones de que yo te habia encargado? Pues bien, querido mio, voy á dar cuenta á mi padre de las acciones de que él me encargó hace tanto tiempo: me recibirá del mismo modo que yo te recibia, y yo te esperaré á su lado. Vive contento en el lugar donde te dejo; vive en él satisfecho, mientras permanezcas libre; pero si algun dia se atreviese un tirano á profanar con mano temeraria nuestro antigua independendia, Guillermo, hijo mio, muere sacrificándote por

tu pais y verás cuan dulce es la muerte.

Tan hermosas palabras quedaron grabadas en el alma sensible de Tell. Despues de haber cumplido con los últimos deberes hácia el venerable anciano ; despues de haber abierto su sepultura al pie de un abeto , y cerca de su habitacion, se hizo juramento á sí mismo , y jamas le quebrantó , de ir solo todas las noches á la tumba sagrada de su padre , y postrado en ella recordar todas sus acciones y pensamientos de aquel dia, preguntando á la sombra del que le dió el ser ¿ si estaba contento de su hijo ?

¡ Ah ! cuantas virtudes le inspiró esta piadosa obligacion ! ¡ Oh quanto acostumbró su alma fogosa á vencer y domar sus pasiones , temeroso siempre de tener que avergonzarse al interrogar la sombra paternal ! Dueño así de sus mas vivos deseos , haciendo que la misma violencia se volviese en favor de su prudencia , heredero de su padre , é imponiéndose los mas rudos trabajos, consiguió Tell de la tierra doble cosecha, ha-

ciendo de ella participantes á los pobres. Levantándose al salir la aurora , sosteniendo con su vigoroso brazo la esteva del arado que tiraban con trabajo dos novillos , metia la luciente reja en un terreno pedregoso , estimulaba á los tardios animales con el punzante aguijon que llevaba en la mano , y su frente bañada de sudor no descansaba sino á la caída de la tarde , para compadecerse de los pobres que ni aun arado tenian. Esta era la idea que tenia fija en su mente al volver con su ganado , esta la que en sueños conservaba , y la misma que le inducia á que , á la mañana siguiente al rayar el dia , fuese á labrar los campos de sus indigentes amigos , sembrándolos en su ausencia y ocultándose de su vista ; no para privarles del placer de ser agradecidos , sino para eximirse él mismo del pudor que causa la beneficencia , cuando se ejerce delante de sus iguales. Estos eran sus cuidados , este su descanso : trabajar y hacer bien eran su ocupacion y su reposo.

Al tiempo mismo que la naturaleza habia dotado á Guillermo de un alma tan sensible y bella , habia querido darle tambien la destreza y la fuerza corporal. En estatura sobresalia su cabeza entre los mas altos de sus compañeros ; trepaba por las rocas mas escarpadas ; salvaba los torrentes mas anchos ; se arrojaba como un corso á las heladas cimas, y alcanzaba en su carrera á los ligeros gamos. Con sus brazos encorbados rompía la encina apenas penetrada del hacha, y cargándola en sus espaldas la trasportaba entera con todo su ramaje. Tell , á quien nadie igualaba en la destreza de disparar la flecha, se veía precisado á permanecer ocioso en los ejercicios del arco , donde los jóvenes se adiestraban los dias de fiesta, disputándose asi el premio. A pesar de su edad , le colocaban entre los ancianos sentados para ser jueces , y allí , como avergonzado de semejante honor, inmóvil , respirando apenas , seguía con la vista las rápidas flechas ; aplaudía con enagenamiento al ballestero, cuyo tiro se

acercaba mas al blanco , y sus brazos levantados sin cesar, parecian esperar á un rival digno de él para abrazarle. Pero cuando las aljabas quedaban enteramente exhaustas , sin que flecha alguna hubiese tocado á la paloma , cuando el ave fatigada de revolotear inutilmente posaba en la punta del palo, y con ojos tranquilos miraba burlados á sus enemigos, entonces era cuando Guillermo se levantaba , tomaba su gran arco , y ponía en tierra tres flechas ; con la primera asestaba al palo, y con el temblor de él hacia revolar la paloma ; con la segunda cortaba el cordel que la impedia alzar el vuelo ; y la tercera iba á herirla en medio de las nubes , haciendo que cayese palpitante al pié de los jueces asombrados. Sin envanecerse con tantas ventajas el gallardo mancebo, prefiriendo siempre la mas obscura accion buena á las mas aplaudidas victorias , se reconvenia de su lentitud en obedecer las órdenes de su padre. Quiso llegar á ser esposo , y la jóven Edmea mereció ser su elegida. Era

Edmea la mas casta , la mas hermosa de las doncellas de Uri. El ambiente matutino, que precursor del dia agita las sonantes hojas de los arbustos ; el manantial que filtrando de la roca gota á gota, brilla y refleja con los primeros rayos del sol, eran menos puros que el corazon de Edmea. La paz, la dulzura, y la razon le habian elegido por su santuario. La virtud que ella poseia, ignorando el nombre de virtud, era su misma existencia, y su alma candorosa no habia llegado á comprender que una persona podia ser buena y discreta sin dejar de existir.

Edmea, huérfana y pobre, habia sido educada desde la niñez en casa de un anciano, último pariente de su indigente familia, y se ocupaba en guardar los rebaños de este anciano virtuoso. Antes que la aurora viniese á iluminar las copas de los abetos, ya estaba Edmea en las montañas rodeada de sus ovejas, y dando vueltas al huso con que hilaba la lana que habia de servir para el vestido de su bienhechor. Volvia al hogar con

las sombras de la noche para arreglar los negocios domésticos , y preparar la cena y el almuerzo de la mañana siguiente , evitando así al débil anciano cualquiera molestia, si echara algo de menos durante su ausencia. Cumplidos estos deberes se entregaba al reposo, satisfecha de haber empleado bien el día , feliz con haber pagado la dulce deuda del reconocimiento , y segura de que al día siguiente proporcionaria igual placer al buen anciano.

Tell la conoció, y la amó al momento; pero en su trato con ella jamás usó de aquellos atentos cuidados, de aquella complacencia, aquel arte desconocido de su corazón, que frecuentemente profana al amor, mezclándole con la astucia que sabe estrechar, adelantar, ó retardar la declaración de un tierno sentimiento. Ageno de este estudio, ignorando el don de complacer que puede ser distinto del placer de amar, no buscaba la ocasion de ver muy á menudo á Edmea; ni la seguia á su salida á las mon-

tañas ni tampoco la esperaba á su vuelta cuando recogia sus ganados. Al contrario, si Edmea estaba fuera de casa, iba á visitar á su anciano bienhechor, y allí, en largas conversaciones en que reinaba la franqueza, la sinceridad y la verdad, oia Guillermo al anciano que se complacia en hablar de Edmea, en referir sus menores acciones, en repetir todas sus palabras, y en darle cuenta, con las lágrimas en los ojos, de la paciencia, la dulzura, y la inagotable bondad con que la pobre huérfana se hacia cada dia mas querida. Estas alabanzas, que resonaban en el fondo del alma de Tell, aumentaban su amor aun mas que la presencia de su amante. Durante estas conversaciones entraba Edmea, y Tell leia en su rostro, en sus miradas, y su aire modesto todo cuanto acababa de oir. Temblando el virtuoso mancebo apenas se atrevia á dirigirla algunas palabras; bajando la vista se salia luego, le saludaba con respeto, y á pasos lentos se retiraba á su solitario albergue, para pensar

en ella á solas, mas bien que en su presencia.

Seis meses habian pasado ya, cuando Guillermo seguro de que su amor era una virtud de mas, resolvió declararle á la que habia sabido inspirársele. A solas con ella no se hubiera atrevido, pero mas atrevido en presencia de todo el pueblo, esperó á la amable jóven un dia de fiesta al tiempo que salia de la Iglesia.

Edmea, la dijo, te amo y te venero mucho mas; yo era bueno y tu me has hecho sensible; si crees que puedes ser feliz conmigo, recibe mi corazon y mi mano, ven á habitar mi casa; ven á enseñarme sobre la sepultura de mi padre, las virtudes que él me hubiera enseñado. Y Edmea bajando sus modestos ojos se sonrió por la primera vez. Pero en breve sosegada y serena, segura en fin de que podia manifestar lo que pasaba en su sencillo corazon: Guillermo, le responde, te doy gracias de ser yo tu elegida; satisfecha hasta hoy con mi pacífica felicidad, conozco que se debe aumentar

con el dulce derecho de decirte tambien, que precisamente eres tú al que hubiera yo elegido. Y diciendo estas palabras alargó su mano, que el jóven Tell estrechó con la suya; encontráronse sus miradas, y sin hablarse pronunciaron un mismo juramento.

Este enlace fijó la ventura en la rústica morada de Guillermo. El trabajo tuvo para él mas atractivo, porque Edmea recogia el fruto, y el bien que hacia le parecia mas dulce, porque Edmea era sabedora de ello. Siempre juntos, no separándose sino para volverse á encontrar mas pronto, con su carácter amante de la paz y de la reflexion, mitigaban ambos el peligroso delirio del amor, satisfecho sin cesar; moderaban sus ilusiones con los placeres mas duraderos de la amistad y la confianza; con aquel mútuo respeto, aquel tierno y modesto temor de no llegar á ser bastante dignos el uno del otro, y con aquella certeza de hacer sus almas mas virtuosas y bellas comunicándose todos sus pensamientos,

y confundiendo todas sus inclinaciones.

Un hijo vino luego á estrechar mas y mas sus amorosos vínculos , y aquellos nombres tan tiernos y queridos de padre y madre , fueron un nuevo manantial de delicias hasta entonces ignoradas. El tierno, el hechizero Gemmi fué confiado desde luego al cuidado de Edmea : ella quiso ser la única encargada en los desvelos y cuidados que requiere la primera infancia ; pero no bien hubo llegado á los seis años, cuando Guillermo no le apartó ya de su lado , llevábale consigo al campo y á las dehesas , le enseñaba la tierra cubierta de lozanas espigas , los elevados montes , los bulliciosos arroyos y los espesos bosques , y dirigiendo los ojos al cielo, le hacia pronunciar con respetuoso temor el sagrado nombre de Dios : decíale que este mismo Dios , juez y testigo de todos nuestros pensamientos, tan solo exigia del hombre que fuese bueno , para hacerle eternamente feliz : en casa, cada mañana y noche le repetia este precepto , y con su ejemplo le explica-

ba lo que es ser bueno : pero sin consideracion ni á la debilidad ni á la edad del tímido niño, le hacia pisar la nieve, y subir á las heladas cumbres, ejercitaba sus tiernas manos haciéndole levantar el yugo de los bueyes, acariciar sin espanto á estos temibles animales, uncirlos al arado y guiarlos.

Este mismo niño, grave y reflexivo cuando trabaja ó habla con su padre, es ya un hijo cariñoso y tímido, desde el momento que entrando en la casa paternal corre á echarse en los brazos de su madre. Tierno, atento y cariñoso observa en los ojos de Edmea el menor deseo; le penetra, le adivina, y aun no le ha manifestado Edmea cuando ya está satisfecho por Gemmi. ¡Oh cuan feliz hacia á su buena madre este hijo tan querido! Oh cuantas veces en ausencia de Tell, cuyo severo rostro desaprobaba todo exceso de cariño aunque legítimo, abrazando Edmea al jóven y amable Gemmi le estrechaba contra su corazon, y repetia con el delirio y el enagenamien-

to del amor maternal: ¡hijo mio, mi hijo único! en tus dias fundo yo los de mi vida: en tu alma existe la mia: sépaslo, hijo mio querido, vive seguro de ello; finge que lo ignoras delante de tu padre.

Unia Tell á tantos bienes otro bien el mas necesario en la felicidad y en la desgracia: tenia un amigo: éste, que era casi de su edad, habitaba en las rocas que separan el canton de Uri del de Underwald. La semejanza de sus corazones, y no de su genio les habia unido desde la infancia. Meletar tan puro, tan valiente y tan generoso como Tell, amaba como éste la virtud, la libertad y la patria; pero su amor menos reflexivo, menos reconcentrado en una alma fogosa aunque capaz de grandes acciones, era menos á propósito para tolerar largos sufrimientos. Meletar, vivo, fogoso y arrebatado, no pudiendo ocultar un solo sentimiento, exhalaba en sus palabras y consumia en su primer rebato la ardiente pasion que le inflamaba.

Tell, por el contrario, la reprimia, la alimentaba y la aumentaba, sin consentir que la descubiesen ni su boca, ni los menores movimientos de su rostro: ambos aborrecian la injusticia; pero el uno se limitaba á clamar contra ella y á dar su vida por castigarla; el otro la seguia en silencio, para reparar sus consecuencias. El primero semejante á un torrente impetuoso que destruye los primeros obstáculos que se le oponen, no sabe salvar, ni perdonar cosa alguna en su irresistible avenida; el segundo siempre superior á su profunda indignacion, dominándola siempre, reprime con paciencia sus resentimientos contra los malvados, pareciendo á las nieves de muchos inviernos que acumuladas en las montañas y desechas por el calor del sol, se precipitan á un tiempo de lo alto de las elevadas cumbres.

Melctar y Guillermo atravesaban frecuentemente el corto espacio que separaba á sus familias respectivas, para reunirse, y pasar juntos los dias de descan-

so. Estos dias deseados por los dos amigos eran igualmente distribuidos entre ambas chozas. Unas veces eran Edmea , su esposo, y su hijo, los que iban á traer á Melctar frutos , leche , y las primicias de su viña ó de su huerto, y otras llegaba Melctar á la casa de su amigo, sosteniendo con el brazo á su anciano padre, y llevando de la mano á su hija, única prenda que le habia quedado de una esposa , cuya falta lloraba todavía. Tell les esperaba á la puerta de su hogar, donde tenia preparada una silla para que descansase el anciano , á quien Edmea presentaba una copa llena de vino ; y Gemmi cuyos ojos inquietos miraban continuamente el camino, tenia dispuesto un ramillete de flores que debia ofrecer á la amable Clara.

¡ Oh cuan puros é inocentes placeres disfrutaban juntos ! ¡ Cuantas delicias hallaban en la rústica mesa en que se prolongaba su frugal comida ! Acabada esta, el anciano Melctar á pesar de sus ochenta años , sin otro apoyo que el de su bá-

culo, subia á la cima mas elevada de la montaña, y sentado allí en medio de sus amigos y de sus hijos, descubria su venerable frente para recibir en sus blancos cabellos el dulce calor del sol; y cuando sus ojos satisfechos se habian saciado algunos instantes viendo el espectáculo de la naturaleza, de aquel espectáculo que le encantaba y le arrebatava, con igual sensacion á la que habia experimentado en sus mas bellos dias, comenzaba á hablarles de sus primeros años, de sus trabajos, de sus placeres, de los disgustos inseparables de la vida, y de los consuelos que cada uno halla siempre en su conciencia y su virtud. Tell, Melctar y Edmea, le escuchaban con atencion y respeto. Clara y Gemmi sentados entre las rodillas del anciano, se miraban de cuando en cuando, y alguna vez se estrechaban tambien las manos. Una sola mirada de Guillermo bastaba para que colorease sus mejillas un natural rubor, y el viejo que lo notaba, los disculpaba con Guillermo.

Clara y Gemmi crecian juntos , y sus inocentes amores seguian los progresos de su edad. Ya los felices dias que pasaban juntos, venian demasiado tarde contra sus deseos. Gemmi durante las largas semanas que transcurrian sin ver á su amiga, buscaba, inventaba pretextos para escaparse de su casa , y volar á la de Clara. Unas veces iba á noticiar á Melctar que un oso se habia dejado ver en la montaña , y que los rebaños estaban en peligro ; otras iba á decirle , que el cierzo de la noche pasada habia hecho daño á las yemas de la viña. Melctar le oia con sonrisa , le daba gracias por aquel cuidado propio de su solícita amistad , Clara se apresuraba á presentarle un vaso lleno de leche espumosa , y Gemmi al tomarle tocaba con sus manos las de la sencilla Clara , que quedaban juntas con las suyas , hasta que habia apurado el benéfico licor. Gemmi le bebia despacio sin apartar los ojos de los de aquella á quien amaba , y satisfecho con esta mirada , contento con la carrera que

habia dado , y el empleo del dia , se volvia á la casa de su padre , ocupado en buscar un nuevo pretesto , para volver á andar el mismo camino.

Asi vivian estas dos familias : asi vivia este pueblo de hermanos, cuyos ancianos, cuyos niños, madres y esposos no conocian otra riqueza, otra felicidad, otro placer, que el trabajo, la inocencia, el amor, y la independenciam. De repente vino la muerte de Rodolfo á arrebatárles todos estos bienes. Rodolfo elevado por la fortuna al trono de los césares , habia respetado siempre la independenciam de la Suiza. Su sucesor, el soberbio Alberto, poseido de orgullo con sus nuevos títulos , sus inmensas herencias , y la reunion de todas las fuerzas del imperio y del Austria , se indignó de que en sus vastos estados hubiese algunos pastores , algunos labradores , que estuviesen exentos del nombre de vasallos suyos. Compró , creyó pagar la propiedad de un pueblo. Pensó que los viles tesoros le hacian soberano de los hombres , y nombrando un gober-

nador que fuese á oprimir á los cantones suizos recayó la eleccion en Gesler, el mas bárbaro, el mas bajo y cobarde de todos los cortesanos del jóven emperador. Gesler seguido de esclavos armados, elegidos á su antojo y de quienes hacia desapiadados verdugos, vino á fijar su residencia en Altorff. Era Gesler fogoso, impetuoso, inquieto, devorado de una actividad, capaz de ser satisfecha tan solo ejecutando el mal; él mismo se atormentaba para perfeccionarse en el arte de oprimir á los humanos. Estremeciéndose al oír el nombre de independencia y libertad, como el lobo perseguido por cazadores se asustaba con el silvido de las flechas, y se prometió y juró extinguir hasta aquel nombre. Todo fué permitido por él á sus infames satélites; él mismo les dió ejemplo de la rapiña, del homicidio y de los atentados contra el pudor. En vano clamaba el pueblo, en vano se quejaba: sus quejas eran desoidas y castigadas. La tímida virtud fué á ocultarse en lo interior de

las chozas. La jóven doncella temblaba guarecida detrás de su asustada madre. El labrador maldecía la tierra que le pagaba sus afanes y sudores con una abundante cosecha, que no esperaba poder recoger, y el anciano contento con su edad que le presentaba la muerte como su libertadora, se unía á los votos de sus hijos por verlos morir con ellos. Por todas partes en fin, tendió la mano impía del cruel Gesler el velo espeso de la desgracia en los tres cantones, cual si fuese un crespon fúnebre. Desde la llegada de Gesler habia ya presentado Guillermo Tell los graves males que iban á afligir á su patria. Sin indicarlo ni aun á su amigo Melctar, sin sobresaltar á su familia, su grande alma se preparaba á no sufrir, y á libertar su pais. Los crímenes se multiplicaron, y los tres cantones llenos de espanto temblaron á los piés de Gesler; solo Guillermo no tembló, tan solo Guillermo no fué sorprendido, y vió los crímenes de un tirano, como veía la zarza cubrirse de espinas sobre la ári-

da roca. Bien pronto el impetuoso Melctar exaló junto á su amigo su furor, pero Guillermo le oía sin responderle; sus ojos no derramaban lágrimas, su frente, su rostro imperturbable no descubría sus proyectos. Penetrado de estimación hácia su amigo, seguro de que podía contar con él, pero desconfiado de su fogosidad, disimulaba su dolor para no irritar mas el suyo, y guardaba su secreto hasta el momento de la ejecución que previa aun muy lejano. Tranquilo, triste, y huraño, pasaba largos días sin abrazar á su hijo, y aun sin volver la vista hácia su esposa. Madrugando mucho mas de lo acostumbrado, uncía los bueyes, los dirigía al campo que labraba con mano distraída, la aijada se le caía de la mano, y se paraba de repente en medio de un surco mal trazado; dejaba caer la cabeza sobre el pecho, fijaba sus miradas en la tierra inmóvil, y taciturno, respirando apenas, media, calculaba el poder del tirano, y los medios de destruirle; ponía en la balanza de su razón, en un

lado al cruel Gesler rodeado de sus satélites , armado con un poder sin límites , apoyado por todas las fuerzas del imperio , y en el otro á un labrador armado solo con la idea de la independenciam de su patria.

Una tarde que Guillermo y su muger estaban sentados á lu puerta de la choza, mirando complacidos á su hijo Gemmi , que á corta distancia se divertia en probar su fuerza contra el manso del ganado , la vista del tierno mancebo entregado á su natural alegría , la idea de los horribles males que la esclavitud le preparaba, hicieron caer al sensible Tell en una profunda distraccion ; por la primera vez de su vida brotaron lágrimas de sus ojos. Edmea que le miraba y contemplaba , estuvo por mucho tiempo indecisa en hablarle , hasta que al fin cediendo al mas vivo deseo del amor , á la necesidad de participar de los pesares del objeto amado, se acerca á Guillermo, le coge la mano , se la aprieta, y mirándole como absorta le dice : ¿ que te ha

hecho tu Edmea, amado mio, para que tú la trates con tan cruel abandono? ¿en que te he faltado para perder aquella confianza, de que tanto me vanagloriaba? Tú sufres disgustos que tu muger ignora; ¿acaso quieres que sean para ella mas dolorosos de lo que son para ti? ¿acaso ignoras que hace quince años que mi pensamiento tan solo aspira á adivinar el tuyo, que ni me atrevo á prometerme felicidad alguna, á gozarla ni conocerla, sino en la dulce certeza de que proviene de mi esposo? ¡Ah! Yo examino mi corazon y siempre le encuentro el mismo: ¿y porque el tuyo no lo es ya? Nada ha mudado en nuestro asilo, ¿y será posible que mi esposo haya mudado? Mira, repara nuestra choza, allí era donde nos amábamos: mira ese campo cultivado por tí, esa cosecha que nos asegura con que vivir, que dar, y que repartir durante todo un año: mira esa brillante luna que sale por detras de aquellos montes, que nos anuncia para mañana un dia tan hermoso,

como el que va á acabarse. Contempla en fin á nuestro hijo querido , cuya alegría , cuyas risas inocentes parecen excitar las nuestras , y que nos mandan ser tan felices como lo es él mismo. ¿Que es lo que te falta Guillermo mio? Habla ; mi alma impaciente desea ya con anhelo lo que tú deseas.

Edmea, la responde Tell, no pronuncies la palabra felicidad , pues harias mas insoportable la cruel carga que me oprime á todas horas. ¡ Ah ! y cuanto te compadezco, desgraciada, si puedes creer , si puedes esperar felicidad , si tienes en algo este humillante reposo que nuestra obscuridad nos hace gozar , cuando la Suiza está esclavizada , cuando el bárbaro Gasler , ese insolente emisario de un déspota, mas soberbio que él, nos manda y hiere nuestra frente con una vara de hierro. Tú me indicas esa cosecha que el trabajo de mis manos ha hecho nacer , cuando Gesler me la puede arrebatarse con una palabra sola. Tú me señalas esa choza donde mis padres por es-

pacio de trescientos años practicaron la virtud, y Gesler puede destruirla. Y ese niño, ese niño á quien yo adoro, esa porcion de ti misma, que apoderándose de todo mi amor le acrecienta mucho mas por causa tuya, ese mismo niño depende de Gesler. Mi campo, mi muger, mi hijo, hasta el sepulcro de mi padre, nada es mio, todo es del tirano. El aire que respiramos sin su voluntad, es un robo que se hace á su poder. ¡ Oh colmo de ignominia! Un pueblo entero, una nacion está sometida á los caprichos de un hombre... ¿ que digo de un hombre....? ¡ Oh Dios mio! perdóname el haber profanado el nombre de la mas bella obra tuya! La humanidad no puede tener nada de comun con los tiranos, ella debe ser su víctima, hasta el momento en que recuperando sus derechos vengue en un solo dia ultrages de mil siglos. Este deseo, esta esperanza me animan. Mi alma es pequeña, comparada con la grandeza de mis desig-nios. Guárdate bien de distraerme de ellos; guárdate de querer entermecerme,

obligándome á pensar tanto en tí y en mi hijo : un esclavo no tiene hijo ; un esclavo no tiene muger ; yo lo soy , toda la naturaleza ha cesado de existir para mí . Tus ojos cegados por el amor se recrean en esa choza , en ese hermoso país , donde hubo un tiempo en que éramos felices ; los míos abiertos por la virtud , no pueden ver otra cosa mas que esa aterradora fortaleza construida en lo alto de aquella roca , para tener á Uri encadenado .

¿ Has pensado , replicóle Edmea , que mi corazón , indigno del tuyo , hace mucho tiempo que está herido con oír tan solo el nombre de esclavitud ? ¿ Has imaginado que podía yo amar á Tell sin detestar á los tiranos ? ; Ah ! guárdate bien de despreciar á esas almas tiernas y sencillas , que parece se alimentan únicamente con amorosos sentimientos ! ; Ay ! la sensibilidad á veces madre de debilidades , lo es frecuentemente de grandes virtudes . Aquel que llora á la vista de una desgracia , ó al oír la

relacion de una accion buena, prueba que quiere remediar la una, y que es capaz de la otra. Juzga á tu muger por tí mismo : ¿ hay acaso dos seres en nosotros dos ? Tu adoras tu patria ; juzga si yo deberé amarla, cuando es á un mismo tiempo la tuya y la mia. Todas las cualidades de tu alma tienen á mis ojos sobre su hermosura, el que á tí te pertenecen.

Sin tí hubiera sido virtuosa ; amándote lo soy dos veces. Háblame pues con confianza ; descúbreme tus designios. Mi sexo me quita la esperanza de ofrecerte un útil socorro , es cierto , pero este mismo sexo no me impedirá el morir en tu auxilio.

Al acabar estas palabras abraza Tell á su muger , y se resuelve á descubrirla su alma , cuando oye gritos y ayes hácia el lado de la choza. Los dos esposos sobresaltados se levantan precipitadamente , y reparan que su hijo , pálido , bañado en lágrimas , y con los brazos levantados hácia el cielo , venia cor-

riendo hácia ellos todo asustado. ¡ Oh padre mio ! decia con anhelante voz, venid , venid á su socorro....! Melctar , el anciano Melctar... ¡ los bárbaros !... se han atrevido... Y en tanto que asi hablaba se presenta Clara sosteniendo los vacilantes pasos del desgraciado anciano. Venia este apoyado con su mano derecha en un báculo , agarrado con la izquierda al brazo de la inconsolable Clara , y gritando á cada paso : Tell , mi amado Tell ¿ donde estás ? Sus brazos se estendian para encontrar á Guillermo , y sus pies tropezando en los guijarros , le obligaban á asegurarse nuevamente en el apoyo que acababa de dejar por un instante.

Guillermo corre, sostiene al anciano , le abraza estrechándole contra su pecho, le contempla, y dá un espantoso grito : los cabellos se le erizan , no hallando en aquel venerable rostro sino las sangrientas señales de los ojos que el hierro acaba de sacar. Sobrecogido Tell de espanto y horror da pasos hácia atras tam-

baleando , y se deja caer sobre una peña , donde queda medio sentado. Edmea se desmaya , Gemmi se apresura á socorrerla , y Clara volviendo á llamar á Guillermo , le indica al anciano ciego y llorando mira al cielo.

»¿Te separas de mi, mi único amigo? esclama Melctar con voz desfalleciente. ¿Temes salpicarte con la sangre que manan mis heridas ? ¡ Ah ! ven , ven á mi seno. Mi corazon , si , aun me queda el corazon : que le sienta palpitar á lo menos con el tuyo ; que abrazándote , que tocándote pueda á lo menos asegurarme , de que los bárbaros que me han privado de la vista no me han quitado á mi amigo ». Precipitándose Guillermo en los brazos de Melctar , perdonad , le dijo , perdonad el primer impulso de compasion y de horror. ¡ Ah hombre el mas virtuoso ! no pudiendo aumentar tu desgracia el respeto que te tengo , aumenta mi ternura y hace mas fuerte y mas sagrado el dulce lazo que nos une. Mas ¡ ay ! ¿ porqué , como , en que lugar esos

malvados, sedientos de crímenes, se han atrevido á armar su sacrílega mano contra la vejez y la virtud? ¿Que les habeis hecho, Melctar? Y no ha muerto vuestro hijo en defensa de su padre? ¿Si aun viviera, os hubiera abandonado? ¿os hubiera dejado bajo la custodia de una débil y desgraciada hija, que nada puede hacer, ¡ ay de mí! ¿ sino llorar?..... Pero yo soy el que reemplazo á vuestro hijo, y el que hereda hoy su ternura y su venganza.

No acuses á mi hijo, respondió el anciano, ni juzgues á tu amigo sin oírle. Sentadme en medio de vosotros; que yo sienta á Guillermo aquí á mi lado, que mi Clara no se aparte de mí, y que tú, Edmea y Gemmi, me presteis oído atento.

Condujeron entonces al anciano á un otero cubierto de musgo, le sientan cerca de Tell, y Edmea sentada tambien á su espalda, reclina y sostiene sobre su pecho la cabeza venerable de Melctar! Clara y Gemmi puestos de rodillas,

besan su mano que tienen asida, y la bañan con sus lágrimas.

Escuchadme, les dice Melctar : moderad los rebatos de vuestra ternura ; reprimid los de vuestra cólera. Esta mañana, en el momento mismo en que comenzaban á dorar los montes el último sol que habian de ver mis ojos , mi hijo , Clara y yo, estábamos en el campo. Clara me ayudaba á atar las gabillas de nuestras mieses ; mi hijo las echaba en el carro , al cual estaban uncidas dos novillas que debian conducirle á la choza. De repente se presenta un soldado , un satélite del cruel Gesler. Se viene derecho á nosotros pisando nuestras espigas , llega al carro, le examina , y con mano insolente desunce las novillas. ¿ Que derecho tienes, le dice mi hijo , para llevarte esos animales , mi único bien , mi única riqueza, con los que mantengo mi familia , y pago á tu gobierno el salario que tu recibes ? Obedece , responde el soldado , y no preguntes mas á tus amos. A estas palabras ví inflamarse en furor los ojos de

mi hijo ; agarra el yugo de las novillas que el soldado habia desatado ; se le quita de las manos , le levanta , y detenido por mis gritos : bárbaro, le dice, da gracias á mi padre ; su voz , mucho mas poderosa sobre el corazon de un hijo , que la cólera de la justicia , me impide purgar la tierra de un enemigo de la humanidad : huye, cobarde, date priesa á huir, tiembla no llegue á ser este campo el sepulcro de un vil agente de la tiranía. El soldado estaba ya lejano , yo tenia á Melctar en mis brazos y le dije : hijo mio, en nombre del cielo , en nombre de tu padre y de tu hija , retírate ; ocúltate al instante de la venganza de Gesler ; le conozco , es implacable ; se bañará en tu sangre , la hará que salpique las canas de tu padre ; libértame hijo mio , mi querido hijo , salva mi vida salvando la tuya.

No, padre mio, respondió con el acento de piedad filial , de cólera y de desesperacion , no me separo de aquí : quiero mejor morir defendiéndooos , que temblar

ni un instante por vos. Gesler con todo su poder no podrá arrancarme de los brazos del que me dió el ser. Yo quiero , yo debo..... Obedecerme , le interrumpí con tono severo : nada hay que temer por mi vida , déjame velar en la guarda de tu choza y de tu hija : déjame el cuidado de conservar la su padre y su herencia. Vé á ocultarte por algunos dias en las montañas de Underwald : Clara y yo iremos á juntarnos contigo cuando la tempestad haya calmado. Vete , echa á correr , ahora , sin detencion ; te lo suplico , te lo mando , te lo ordeno como padre tuyo.

Oyendo esta palabra el fogoso Melctar , bajó tristemente su cabeza , se pone de rodillas , y se despide de mí pidiéndome la bendicion. Yo le estrecho contra mi corazon , le baño con mis lágrimas , y Clara echándose en sus brazos , enjugó luego con sus besos el llanto que su desgraciado padre se esforzaba en ocultar en vano. Bien pronto dejando los brazos de su hija se vino á los míos , me

apretó la mano y se marchó, sin atreverse ni aun á volver la cabeza.

Clara y yo quedando solos nos volvimos á nuestra choza. Era mi intento el ir inmediatamente á Altorff á presentarme al tirano, para ver y asegurarme por mis mismos ojos, si su alma era agena de todo sentimiento de justicia. Quería ir solo á esponerme á su temible vista, á alcanzar permiso de que mi hijo volviese, ó morir pidiéndósele. Pero de repente veo la choza rodeada de numerosos soldados. Todos llaman á voces á Melctar, todos á un tiempo me preguntan, me estrechan, y cargado de cadenas me arrastran á la presencia de Gesler.

¿ Donde está tu hijo ? me dijo ceñudo, con voz feroz. Es preciso espiar su crimen por él, ó entregarle á mi furor. Hiere, le respondo; daré gracias á Dios, si debo á tu barbarie el dar dos veces la vida á mi hijo. Gesler fijó en mi su vista, y en sus ojos se veian pintados á la vez la tranquila sed de sangre, y el embarazo de inventar un suplicio que no

abreviara mi vejez. Por último, seguro de su impunidad, al cabo de un largo silencio hizo seña á sus verdugos, y aquellos bárbaros, á su presencia, sin que él apartara la vista, sin que la horrible sonrisa del crimen dejara de notarse en su rostro feroz, me agarraron, echáronme por tierra, y en mis débiles ojos metieron el acero reluciente que armaba sus manos.

Basta, les dice Gesler; dejad que viva ese débil ciego, romped sus ataduras y que vaya á reunirse con su hijo. Me arrastran, me arrojan á las puertas del palacio; camino con los brazos estendidos y caigo en los de Clara; de Clara que me habia seguido, y á quien los crueles satélites detenian en el primer recinto. Yo me siento estrechar en su seno, me siento inundado con sus lágrimas, y en medio de sus gritos de dolor oigo esta palabra, este nombre tan dulce para mi alma: ¡Padre mio! ¡Padre mio! soy yo. Me esfuerzo en acallar sus gritos, la consuelo, la tranquilizo, la oculto mis do-

lores , y la pido que me conduzca á la cabaña de mi amigo , del amigo de mi hijo. Estamos en el camino , me responde , mi corazon me lo habia dicho antes que vos. Llegamos , ¡ó mi querido Guillermo ! mas ¡ ay ! yo no puedo ya verte ; pero siento que estás cerca de mí , tengo asida tu mano con la mia , y tiemblo con la relacion de mis trabajos : mi hijo está en salvo , me queda mi amigo ; ¡ah ! no lo he perdido todo.

---

**LIBRO II.**


---

**A**PENAS terminó su relacion el venerable anciano, cuando Edmea, Clara y Gemmi se arrojaron á su cuello, sollozando y bañándole con sus lágrimas. Tell, permaneciendo inmóvil, con la frente apoyada en una de sus manos, y la vista fija en tierra, derramaba lágrimas que gota á gota caian de sus ojos medio cerrados: su pecho oprimido con un terrible peso respiraba con suma dificultad, y la mano que sostenia su cabeza temblaba con un movimiento convulsivo. Despues de un largo y triste silencio, se levanta de repente, abraza al ciego anciano, le estrecha con violencia por dos veces á su seno palpitante, hace esfuerzos para hablar, y no puede articular sino

estas palabras, dichas con voz medio ahogada: Padre mio, sereis vengado.

Pronunciadas estas terribles espresiones, volvió Guillermo á caer en su profundo enagenamiento. De pié, triste y silencioso, examina de nuevo lo que ya habia meditado, y volviendo en sí prontamente, pregunta al anciano con cierto aspecto de serenidad, si sabia el asilo donde Melctar se habia refugiado. Sí, responde el desgraciado padre, mi hijo ha debido ocultarse en las profundas cavernas de la montaña de Fegel. Aquellas desiertas é inacésibles rocas, son desconocidas á los emisarios, á los satélites del tirano. Melctar me ha prometido, me ha jurado no salir de ellas sin órden mio. Volvedle pues su palabra, respondió Guillermo, yo os lo pido en su nombre; y tú, hijo mio, prepárate para marchar ahora mismo. Caminarás toda la noche, al romper el dia habrás llegado á la montaña de Fegel: busca á Melctar y no te detengas hasta haberle descubierto: le dirás cuando te acerces; Melctar, vues-

tro amigo me envia á noticiaros los nuevos crímenes del execrable Gesler. Acaba de sacar los ojos vuestro padre, y Guillermo os envia este puñal.

Dicho esto saca Tell de su cinto un acero que llevaba siempre consigo. Gemmi se acerca con respeto, toma el puñal y le guarda en su pecho: Edmea y Clara temblando no se atreven á interrumpir á Guillermo; miran á Gemmi, se miran, y recelan manifestar su inquietud por los riesgos á que se espone. El viejo Melctar asombrado con la orden que acababa de oír, pregunta á Tell cuales son sus proyectos. Vuestro hijo los sabe, le responde Guillermo, y la vista sola de ese puñal le dirá cuanto debe hacer. El tiempo es precioso, no lo perdamos; tan solo tengo una plabra que deciros: Padre mio, sereis vengado.

Toma inmediatamente á Gemmi de la mano, y sin hablar siquiera una palabra le conduce al sepulcro de su padre, donde despues de recibirle juramento le revela una parte de sus proyectos; le

descubre los recursos con que cuenta, y le entera circunstanciadamente de lo que debe decir á Melctar.

Uno y otro se vuelven animados de una generosa esperanza. Gemmi está pronto á ponerse en camino, y Clara suplica que le permitan acompañarle. Quiere ir á abrazar á su amado padre, quiere llevarle frutas, pan y otros alimentos de que carece en la montaña, y el anciano Enrique consiente en este viage. Edmea llena de provisiones un canasto de mimbres, mete en él vino y leche, le pone en las manos de su hijo, y estrechando á este sobre su corazón le dice: vé con Dios. Le vuelve á abrazar, y en voz baja encarga á Clara que cuide de aquel hijo tan querido. Gemmi armado con un palo claveteado, cuyo uso le enseñó su padre, pone el canasto sobre su cabeza, presenta su brazo á la jóven Clara, y ambos así agarrados parten como dos jóvenes gamos que van en la oscuridad á buscar pastos nuevos.

Guillermo que los ha visto marchar,

se ha cubierto con la piel del lobo de que usa siempre que vá á lejanas cazerías. Esta piel ajustada á su cuerpo con un ancho cinturon, sube hasta cubrir su cabeza, de donde caen los dientes del animal que relucen sobre su frente ; lleva medio forradas sus piernas con unos botines de piel de oso, cuelga á su espalda un carcax de cuero lleno de brillantes flechas, empuña con su mano aquel terrible arco que jamás se tendió en valde, y apoyado en él como si fuese un báculo, mirando tranquilamente á Edmea la dice : Esposa mia, te dejo , voy á partir al instante ; dejo á tu cuidado á nuestro huesped , al padre de mi amigo , al anciano á quien respeto, al que amo tanto como á mí mismo padre ; ocúpate de él únicamente. Cuida de él solícita mientras duerma. Noche y dia está atenta á socorrerle , á auxiliarle y á evitar sus mas leves dolores. Cumple en todos los instantes con lo que se debe á la desgracia , la vejez y la amistad. En breve volveremos á vernos , pues solo bastan dos

dias para esta expedicion. A nadie digas mi salida, y ten cerrada la puerta de casa hasta mi vuelta. Esto dice y sale de la choza, toma un sendero diferente del que ha llevado Gemmi, y apresura sus pasos.

En tanto Gemmi y Clara bajaban juntos la montaña para ir á tomar los estrechos senderos que conducen á Underwald. Dan un rodeo por encima de Altorff, van á llamar á la choza de un pescador, amigo de Tell, y le piden que les pase al otro lado del lago. El buen pescador, apresurándose á favorecer á aquellos niños corre á desatar su barca, les alarga la mano, los entra en ella, y empuñando los dos remos hiende el agua trasparente azotándola con rapidez. Desembarcados los dos niños en la orilla opuesta, dan gracias al pescador, y trepan por los áridos peñascos que de todas partes cierran el lago. Clara quiere llevar tambien el canasto que conduce Gemmi, le disputa la dulce carga y él no quiere cederla. En fin, la dividen en-

tre sí, y agarrando cada cual un asa, suben así por los senderos, hablándose, mirándose con dolor y con ternura, y deteniéndose de cuando en cuando bajo pretesto de tomar aliento, aunque solo por hablarse y mirarse mas de cerca.

Ya la luna se habia puesto: ya la aurora, tan tardía en aquella fria estación, venia á dorar la cima de las nieves, cuando los jóvenes viajeros llegaron al pié de la montaña de Fegel. Suben, buscan con sus ojos, y no descubren ningun cabrero ó pastor que pueda indicarles la solitaria caverna adonde Melctar ha ido á ocultarse: nada columbran entre aquellos desiertos peñascos. En vano los dos niños recorren con la vista cuanto ella alcanza y domina por uno y otro lado: tan solo descubren hielos, tan solo ven á larga distancia algunas gamuzas paradas, que parecen suspendidas en los precipicios, y que huyen con la rapidez del ave, tan pronto como han sido miradas.

Las ocho de la mañana serian, cuando

un ligero humo que sale de entre las rocas llama la atención de Gemmi, que se lo hace reparar á Clara: corren presurosos hácia aquel sitio, saltando torrentes helados, atravesando un bosque de abetos, y llegan á una caverna, desde cuya entrada columbran allá en su fondo una llama que chispea. Habia un hombre sentado delante del hogar, cuya lumbre avivaba con ramas secas. Al primer ruido que oye, vuelve este hombre la cabeza, se levanta, agarra una hacha, y con ella levantada viene á ponerse delante de los dos jóvenes viajeros. ¿Que quereis? ¿á quien buscais? les dice con tono colérico. Somos vuestros hijos, padre mio; le responde Clara corriendo hácia él: este es Gemmi, soy vuestra hija Clara; venimos á traer os víveres y abrazaros.

Al decir esto Clara se abalanza á el cuello de Melctar, quien arrojando el hacha, da un grito de alegría, recibe á su hija, la estrecha sobre su corazón, y la da repetidos besos. Corre inmedia-

tamente á Gemmi , que le miraba en silencio , le abraza , le baña con sus lágrimas , le confunde con Clara entre sus brazos , pronuncia el nombre de su padre, el de Tell su amigo, y precipita sus preguntas , interrumpidas con tiernas caricias prodigadas á entrambos niños. En fin, llevándolos hácia el hogar, hace que se sienten cada uno á su lado , y les oye enjugándose las lágrimas.

Clara le entera con precaucion del motivo de su venida, y de las órdenes sagradas que traen de parte del anciano Enrique ; ahógase muy pronto la voz de Clara, quiere y no puede decir la horrorosa desgracia que la aflige , el horrendo crimen de Gesler : por tres veces comienza su narracion , y tres veces se ve forzada á interrumpirla hasta que Gemmi la socorre. ¡ Oh Melctar ! le dice , ya veis nuestras lágrimas ; ellas os anuncian nuevas desventuras. Mi padre me ha encargado que os las diga, asegurándome que su amigo las oiria con constancia y resignacion , que tendria lástima de su hi-

ja Clara, y que reprimiria su dolor. Entonces el mancebo le cuenta el modo como Gesler, el execrable Gesler se habia vengado del triste anciano. Oyendo esto el fogoso Melctar se levanta, corre á coger su hacha, quiere salirse precipitado de la caverna, quiere correr sin detenerse á bañarse en la sangre del cruel Gesler; Clara se arroja á sus pies y Gemmi poniéndose delante le dice: Pensad en mi padre, ¿pues que no os acordais ya de él? ¿No es ya vuestro amigo? Escuchad á lo menos lo que envia á deciros:—Guillermo se ocupa en vengaros: mi padre estará ahora en casa de Verner, y esta sola palabra debe indicaros lo bastante. Estas son las órdenes de mi padre; dos veces me las ha repetido diciendo: vé, hijo mio, informa á Melctar del nuevo crimen del tirano; dile que no es el furor el que puede vengarnos, que es el valor y la prudencia; yo salgo para Schwitz, voy á buscar á Verner, y á levantar todo el canton. Dile á Melctar, que vaya á Strantz, que alli están

sus amigos, y los principales de Underwald : que los reuna, los anime á preparar sus armas, y que vaya sin detencion á esperarme en la caverna de Grutty donde Verner y yo nos juntaremos con él sin tardanza.

Melctar escucha á Gemmi, patentizando en su rostro y en sus ojos la dolorosa alegría de la venganza. Voy al punto á obedecer á Tell, esclama enagenado : corro á reunir mis amigos. Gemmi, desde mañana puedes asegurar á tu padre, que cuente con doscientos valientes leales, animados del amor de la independencia ; prontos á morir por rescatarla, y ciertos de que antes de morir inmolarán millares de esclavos, y tremolarán en la plaza de Strantz la bandera de su libertad. Este es el instante que esperaba mi valor, tan solo estaba encadenado por Tell, y por las órdenes sagradas de mi venerable padre. Mi padre, mi amigo me vuelven en mí ; corramos, volemós á la victoria ; es nuestra, la alcanzaremos : me abrasó por venir á las

manos con el pérfido Gesler. Que venga, que venga contra nosotros con sus numerosos satélites, con todo su poder; soy mas fuerte, marchó contra él en nombre de la independenciam de mi amada patria, de la piedad filial, y de la humanidad ultrajada.

Dijo, y en el mismo instante quiere ponerse en camino para Strantz. La jóven Clara le detiene, le ruega que conceda á lo menos algunos instantes á la naturaleza, y permita á su hija una hora siquiera para gozar de sus tiernas caricias, y fortalecer su cuerpo debilitado con los alimentos que acababa de traer. El impetuoso, el sensible Meletar abraza llorando á su hija querida, estrecha en sus brazos al jóven Gemmi, consiente en sentarse cerca del hogar, poniéndose en medio de los dos niños, y hace con ellos una comida frugal, que precipita y abrevia. Bien armado luego con su hacha dice á Dios á sus hijos, abraza tiernamente á su hija, y tomando la mano de Gemmi: escucha, hijo mio, le

dice; acaso muera yo en nuestra empresa; aun esta misma muerte tendrá sus delicias, y los corazones generosos envidiarán mi suerte; pero á lo menos quiero disponer del único tesoro que poseo, del tesoro mas querido de mi corazon, despues de la libertad de mi patria. Este tesoro, hijo mio, es mi Clara; te la entrego en este momento: Gemmi, aquí tienes tu esposa: juntad vuestras manos con las mias. Jurad sobre mi corazon, que palpita por mi pais, por vosotros, por mi padre, por mi amigo, jurad amaros eternamente, vivir y morir el uno por el otro, confundid todos vuestros sentimientos, y afecciones en vuestro amor ardiente y puro. Sois ya esposos, hijos mios, yo os bendigo en nombre de mi padre, en nombre de mi digno amigo.

Clara y Gemmi hincados de rodillas, bajan humildemente la cabeza teniéndose de las manos, y en esta actitud reciben con respeto la bendicion paternal. Las lágrimas corrian por sus mejillas: el mismo Meletar las derrama tambien, y

sus ojos animados con todos los rebatos de que estaba poseida su ardiente alma, brillaban como fuego á pesar de su llanto. Levanta á sus hijos, los abraza de nuevo, se despide de ellos, les repite lo que debian decir á Guillermo, y cogiendo su hacha sale de la caverna con pasos precipitados, y toma el camino de Strantz.

Los dos niños ya solos, no se atreven ni siquiera á levantar la vista para mirarse el uno al otro. Inmóviles, con la cabeza baja y asidas aun sus manos, experimentan un enternecimiento mezclado de alegría, de felicidad y de temor. Sus almas agitadas con una multitud de sentimientos diversos, apenas pueden volver en sí de tantas sensaciones violentas. Su natural pudor juvenil les hace temer, por la primera vez, el hallarse así solitarios. Tranquilizado Gemmi el primero, dice, en fin, con voz trémula: Clara, tu eres mia: hace mucho tiempo que sabes que soy tuyo; pero el momento en que nos hallamos,

los peligros á que van á esponerse nuestros padres nos prohíben pensar en nosotros ; á ellos es únicamente á quienes debemos consagrar toda nuestra alma , y todos nuestros momentos. Partamos Clara , reunámonos á mi madre, démosla cuenta de nuestro viage , y cuando mi padre y tu venerable abuelo hayan confirmado la bendicion que Melctar acaba de darnos , entonces tal vez me atreveré á decirte cuan venturoso soy.

Clara sin responder , le aprieta la mano , sale inmediatamente de la caverna , y ambos desandan el camino que habian traído.

Pero el sol ya casi á la mitad de su carrera , apenas espedia macilentos resplandores por entre las negras nubes. Un pardusco velo cubria por todas partes lo azul del cielo , y los copos de nieve revoloteando por el aire , semejantes á las bedijas de los corderos agarradas entre las zarzas , venian aumentando cada vez mas del lado del norte. A breve rato se levanta un aire frio,

que atrae con mas fuerza y rapidez aquella nieve deslumbrante, que cae como la lluvia en una fuerte tormenta. Cubre los senderos, llena, oculta los precipicios, y hace bajar los párpados de los malhadados viajeros, que no pueden resistir su impetuosidad. Obligados Clara y Gemmi á pararse, buscan un abrigo debajo de los peñascos. La nieve les cae por todas partes cubriendo sus cabezas. Gemmi comienza á asustarse por Clara, esta por tranquilizarle se sonríe, viéndose cubierta de copos que sacude y arroja por el aire. La tempestad se apacigua en fin: los rayos de oro del astro del dia penetran el velo que le cubre, y reflejan en los diamantes de nieve. Los dos niños se ponen otra vez en camino, y desgraciadamente pierden los senderos. Una alfombra espesa y blanca cubre las rocas y los precipicios. Gemmi lleva á Clara de la mano, y se adelanta con precaucion. Sondea con su baston la nieve, y no permite que Clara dé un paso hasta despues de estar ase-

gurado de que no corre peligro, y Clara que tan solo teme por él, y que camina por sus mismas huellas, le aprieta mas fuertemente la mano, pronta á sostenerle si cayere: esta larga y penosa marcha, estos peligros siempre renacientes, son menos temibles y mas llevaderos con los atractivos de la tierna Clara.

Obligados nuestros viajeros á seguir el borde de los torrentes donde la rapididad del agua ha dejado descubierta la tierra, pasan el resto del dia y les coge la noche á poca distancia de Erfeld. Gemmi reconoce entonces el sitio, y está seguro de que subiendo el Reus llegarán á Altorff en aquella misma noche. Alienta á su querida compañera, y la luna que comienza á aparecer les hace perder el miedo de volver á estraviarse. Seguian ambos mas tranquilos la orilla izquierda del rio que atraviesa el canton de Uri, cuando se acerca á ellos un hombre armado con una larga ballesta, cubierto con una ancha capa que le tapaba enteramente. La nieve y el hielo era

lo único que se distinguia en el gorro que le adornaba la cabeza , en su capa , y en sus cabellos hechos carámbanos con la escarcha. Aquel hombre va en derecha á los niños que se paran á su vista , y con voz alterada les dice : mis jóvenes amigos , aquí teneis un cazador extraviado. He perdido de vista mis compañeros , y no puedo atinar con el camino de Altorff donde ciertamente estarán en sobresalto por mi ausencia. Podreis ponerme en el camino , hijos míos , yo recompensaré vuestro zelo y vuestro servicio. La recompensa está en el mismo servicio , le respondió Clara ; sabemos el camino de Altorff , y tendremos tanto placer en llevaros adonde está vuestra familia , como vos mismo la tendriais en restituirnos á nuestros buenos padres. Seguidnos , y estad seguros de que en menos de una hora estaremos en la ciudad. El cazador se unió entonces á los niños , y observandoles con atencion á la claridad de la luna , marchó con ellos en silencio. Dirigién-

dose luego á Gemmi : mozo , le dice ,  
 ¿ quienes son tus padres ? ¿ donde vivís  
 en Altorff ? — Soy hijo de un labrador ,  
 contesta Gemmi sin mirarle ; mi padre  
 no vive en la ciudad . — ¿ Pues donde  
 habita ? — En las montañas , en medio  
 de un desierto donde cultiva sus tierras  
 y practica la virtud . ¡ La virtud ! replica  
 el cazador con una sonrisa irónica ; no  
 hubiera creído que tal cosa fuese cono-  
 cida de vosotros en vuestra edad . — Pre-  
 cisamente es la primera palabra que yo  
 aprendí á tartamudear , respondió Gem-  
 mi con tono fuerte . — ¿ Sin duda sabrás  
 lo que significa ? — A lo menos así lo  
 creo . — Esplicamelo pues . — Tres pala-  
 bras bastarán : el temor de Dios , el amor  
 á sus semejantes , y el odio á sus opreso-  
 res . — ¿ Y quienes son esos opresores ?  
 — Los tiranos y sus satélites . — En Sui-  
 za no hay tiranos . — Entonces Clara no  
 pudiendo contenerse da un gemido , Gem-  
 mi calla , y el cazador con la cabeza ba-  
 ja camina algun tiempo en silencio .

Aproximábanse ya á las murallas de

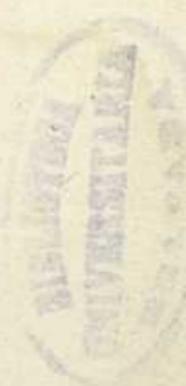
Altorff, y comenzaban á verse relucir las lanzas de los centinelas que guardaban las puertas. El taimado desconocido pregunta de pronto á Gemmi, con un tono feroz: ¿ como se llama tu padre? Clara temblando aprieta mas fuertemente la mano de Gemmi, y éste que es incapaz de mentir, duda por algunos instantes, hasta que estrechado por el desconocido, le mira con aspecto firme. Nosotros, le responde, hemos consentido de buena gana en poneros en el camino, y á esto solo se ha limitado la confianza que nos inspirais. Por lo mismo no sabreis el nombre de mi padre, que solo es conocido de sus amigos. Imprudente jóven, exclamó entonces el cazador encolerizado, tu padre no puede escapárseme; tú mismo no te salvarás de la cadena que te preparo, sino en el momento que yo sepa quien es tu sediciosa familia. Mira que sé descubrir tambien los delincuentes, como sé castigarlos.

Al acabar de decir estas palabras llega

á las puertas , pronuncia el nombre de Gesler , y los soldados saliendo al punto , bajan las lanzas á su presencia. Agarrad esos muchachos , dice el atroz gobernador , agarradlos , que los lleven á la cárcel , y que se tenga cuidado de conducir tambien á ella á los primeros habitantes de Altorff que se presenten á reclamarlos.

Cumpliose esta órden puntualmente : Clara y Gemmi se ven rodeados de la guardia que los conduce al fuerte , y sin consideracion á su edad , ni al estado de abatimiento en que estaban , á causa del penoso camino que habian andado , los encierran en un hondo calabozo.

Sosegados luego ambos niños , se miran con ternura , y agradeciendo en secreto á sus verdugos el no haberles separado , oyen sin alterarse el rechinar de los cerrojos que vuelven á cerrar las fuertes puertas de aquella horrible cárcel , se acuestan en la paja que de lástima les han echado allí , y dividen el



grosero pan que al lado les dejaron. Sin temor y sin remordimientos , en sobresalto únicamente por los sustos y el desasosiego en que estarían precisamente sus familias, por los peligros que amenazaban á Guillermo si fuese á presentarse al tirano , esperan y hacen votos porque Edmea y el ciego Enrique crean que se han quedado con Melctar ; porque ignoren su desgracia , y porque esta les alcance á ellos dos únicamente.

En tanto que se ocupaban tan solo en esta piadosa idea , olvidados de su cautiverio, y de que estaban bajo el cuchillo de un bárbaro que jamás perdonó, dormían pacíficamente los dos tiernos jóvenes el uno al lado del otro , sin que fuesen turbados sus sueños por ilusiones funestas , y gozando de aquel sosiego y de aquel reposo del alma que la virtud concede aun en medio de cadenas ; el fiero Gesler en su palacio , rodeado de numerosas tropas , pudiendo con una palabra sola consumir la pérdida de cualquiera que incurriese en su

desagrado , el gobernador no pudiendo dormir , se veia agitado con los mas terribles sobresaltos. Triste , furioso , atormentado de una multitud de opuestos designios , temeroso siempre por su existencia , meditando nuevos suplicios para aterrar á los que temia , para conservar su miserable vida á costa de dar la muerte otros , para poner entre él y el sepulcro un anchuroso rio de sangre , se decia á sí mismo : ¡ Oh ! ¡ cuan terrible debe ser el odio que me tiene este pueblo , cuando los niños , sus débiles niños no pueden ocultarle al viagero , al desconocido que por casualidad los encuentra ! ¿ Que dirán , pues , sus viejos , sus hombres ? ¡ Cuanto tengo que temer de este pueblo sedicioso , cuyas generaciones se multiplican , y se crian con la esperanza , con el deseo de arrancarme mi poder , de atravesarme sin duda el corazon ! ¡ Ah ! yo sabré evitar sus golpes , yo sabré comprimir por el terror á cuantos puedan escaparse de mi terrible justicia ; quiero inventar nuevos suplicios , quie-

ro inventar nuevos medios de conocer á mis enemigos: lo son todos, no lo dudo, pero no todos se atreverán á manifestarse, y á lo menos los mas atrevidos caerán los primeros bajo el filo de mi espada.

Abandonándose así Gesler al delirio de su cólera y de su orgullo, revuelve en su mente distraida mil proyectos impracticables, adopta, abriga los mas insensatos planes, y encontrando un mérito de mas en órdenes que dan mas á entender el desprecio que quiere aparentar de un pueblo á quien teme, se detiene en fin en el proyecto estúpido de obligar á los habitantes de Uri á bajar vilmente la cabeza delante del gorro que sirve de adorno á la de su atroz gobernador. En vano su razon medio perdida quiere presentarle los peligros de aquella órden, tan absurda como inútil, pues no escucha á su razon: hace llamar á su presencia á los gefes de su tropa numerosa, les pregunta con sobresalto sobre el zelo y la adhesion de sus soldados

mercenarios ; hace que les distribuyan tesoros que su avaricia cede á su temor ; y dirigiéndose á Sarnem, secreto y fiel ministro de sus criminales deseos , mañana al romper la aurora, le dice, se plantará en medio de la plaza de Altorff una larga pica , en cuya punta quiero se ponga este gorro que me cubre la cabeza y que te entrego ; mis numerosos soldados puestos sobre las armas rodearán la plaza , guardarán las avenidas, y obligarán á todos los que pasen , á inclinar la cabeza con respeto delante de este signo del poder del gobernador de los tres cantones : la menor resistencia , la mas ligera murmuracion será inmediatamente castigada con cadenas. A vosotros toca , pues , leer en los rostros , en los ojos , en las facciones y ademanes de esos viles hombres , á quienes la naturaleza destinó á ser esclavos , los secretos sentimientos de odio, de independencia, y aun de valor , porque el valor es un crimen en aquellos que tan solo deben obedecer. Id, ejecutad mi órden , y que

nuestras espías se ocupen en descubrir los delincuentes parientes de los niños que he mandado encarcelar.

Dice, y Sarnem corre á prepararlo todo. Los soldados reciben de antemano el salario de los crímenes que se les piden. Distribuyendo con profusion dinero y vino, se reparten espías por toda la ciudad y sus alrededores, para que introduciéndose en el seno de las familias, hablen con ellas bajo un falso tono de conmiseracion, del arresto de los dos niños, y como aquellos desgraciados son víctimas de la severidad de Gesler, inquiriendo, sabiendo y adivinando por tales medios en las miradas de todos el efecto que produce en sus ánimos tal noticia, y poder hacer un crimen del dolor, y aun de la compasion.

Pero el cielo, el justo cielo que velaba por la choza de Tell, la ocultó á las pesquisas de los espías. No se presentaron estos en la casa de la buena Edmea, que sola con el auciano ciego, contaba las horas que pasaba lejana de su mari-

do y de su hijo. Transcurrió la noche en suma inquietud, sin que la opaca lámpara que alumbraba á la casa se apagara ni un solo momento, y sin que el anciano Enrique, ni la buena Edmea, hubiesen querido entregarse al sueño. Pasáronla toda hablando de sus hijos, interrumpiéndose cien veces para escuchar el menor ruido que les parecía percibir á la puerta. Los aquilones silvando entre los árboles despojados de sus hojas; el ladrido del fiel y vigilante perro que daba vueltas al rededor de la casa, todo estremecía á Edmea, que levantándose corría hácia la puerta, creyendo y esperando siempre que era Gemmi que llegaba: miraba atenta y tan solo veía oscuridad: escuchaba y solo oía el bramido de los torrentes. Entonces se volvía desengañada adonde estaba el asustado anciano, á quien quería ocultar sus sobresaltos y temores. Vuestro hijo les habrá detenido, le decía suspirando; recogeos buen anciano, dormid, yo estaré de vela hasta ser de día. Si, hija mia, le respondia

Enrique , mi hijo les habrá hecho quedar en su compañía : voy á descansar : no tengas cuidado por mí , sosiega tu sobresaltado corazon. Y el ciego para aquietarla hacia como que descansaba : callando ambos , se engañaban mutuamente ; ambos se ocultaban sus lágrimas , pero al mas leve ruido se levantaban y otra vez veian burlada su esperanza.

---



llegó en fin el instante que ha de liberar la patria , ó terminar nuestros aciagos dias. No vengo ahora á consultar tu prudencia , ni á pedir consejo á tu talento ; solo vengo á despertar tu valor , para el cual traigo armas. Dejémos de consejos , proezas son necesarias : los recientes crímenes de Gesler acaban de darnos la última señal.

Dicho esto echa delante de Verner un pesado haz de lanzas , de flechas , de ballestas y de cortantes espadas que habia traído acuestas. Verner las mira con una alegría serena. Antes de oírte , le contesta , ocultemos este precioso tesoro en un asilo secreto ; pueden sorprendernos aquí ; el ciudadano no tiene casa cuando depende de un tirano.

Ambos recogen entonces las armas , bajan , las depositan en un subterráneo , y volviendo á sentarse cerca del hogar , Guillermo refiere á Verner la barbarie del Gobernador , la desgracia del anciano Enrique , la retirada de su hijo Mehtar , el viage del jóven Gemmi , quien

debe avisarle que en aquella misma hora, vaya á Grutty, por la noche, para asegurar su venganza. Verner oye con atencion, hace que le repita los pormenores de los grandes designios de Guillermo, los medita, los discute con él, opone, inventa los obstáculos que es posible encontrar, y satisfecho con las respuestas de Tell, que todo lo ha previsto, que á todo da salida, le abraza diciéndole estas palabras. Amigo, comencemos, estoy pronto. Salen al punto, se separan, y por caminos opuestos van á llevar una por una las armas que tienen ocultas y repartirlas entre sus amigos de la ciudad y de los lugares comarcanos á Schwitz; van á poner en las manos de los enemigos de la tiranía, los medios de destruirla, y vengarse. Dan gracias, bendicen á las escarchas, y á la nieve que cayendo espesa ofusca el dia, pone impracticables y desiertos los caminos, que ellos atraviesan con toda seguridad. Van y vienen cien veces para distribuir las armas, sin atreverse á llevarlas sino una

á una, é invirtiendo doce horas cabales en tan arriesgada operacion, inflaman, reaniman el corazon de cada uno de los que acaban de armar, y les reciben su juramento delante de Dios; les enteran del nuevo crimen de Gesler, les animan á la venganza, y encuentran voces nuevas, nuevas fuerzas para variar sus discursos, y dar nuevos pasos conducentes á conseguir la independenciam. Paso-se todo el dia en estos cuidados y atenciones. Las armas quedaron distribuidas y Guillermo tan solo se reservó su arco, y Verner una lanza únicamente. Ambos en estremo fatigados se vuelven á la casa de Verner, toman algun alimento, reaniman sus fuerzas casi amortiguadas, y sin descansar un momento, estrechados por el tiempo que vuela, por la palabra dada á Melctar, vuelven á ponerse en camino hácia la caverna de Grutty.

Andan por medio de las nieves que el viento remolina al rededor, llegan á las orillas del lago, en la oscuridad buscan un barco, tropiezan con uno

muy endeble que aunque amarrado con maromas batia contra la ribera impelido de las impetuosas olas levantadas por el cierzo. Verner al ver el lago tan agitado, se para, y pregunta á Guillermo si su destreza tan afamada en el arte de dirigir un barco podrá contrarestar las olas enfurecidas. Melctar nos espera, le responde Guillermo, y la suerte de nuestra patria va á depender de nuestra entrevista, ¿ como te atreves á preguntarme si podré atravesar el lago? Ignoro si es posible hacerlo, lo que si sé es, que es preciso que se haga. Cuento bien poco con mi habilidad; tan solo cuento con el favor del Dios del cielo que vela sobre las almas puras, y que se complace en proteger á los amantes de la libertad de su patria.

Dice y salta en la barca; Verner se arroja detras de él. Tell corta al punto la amarra, coge el palo de virar, y se aleja de la orilla. Pero bien sea efecto de mera casualidad, bien que el Dios justo y poderoso á quien Guillermo in-

vocó en el secreto de su corazón, velase por los libertadores de la Suiza, el hecho es que el viento se aplaca de pronto, las olas se calman, la onda tranquila impele la barca de Tell, y éste agarrando los dos remos la hace volar tan rápida como una flecha. Atraviesa prontamente el lago, llega á la orilla opuesta, pone el pié en tierra, ata la barca, y los dos amigos se encaminan á la caverna que les era conocida de mucho tiempo antes. Melctar los esperaba á la entrada. Al punto que descubre á Guillermo se arroja á sus brazos, le estrecha con los suyos, le inunda de lágrimas, pronuncia sollozando los nombres de su padre y de su amigo, mezcla, confunde estos dos nombres tan queridos, y apenas puede contener los sentimientos que le oprimen. Guillermo llora con él, tiene asida su mano que aprieta fuertemente, le conduce al fondo de la caverna, y allí en una obscuridad profunda, sentados los tres amigos sobre piedras, haciendo treguas con sus intereses, con

sus penas particulares , tan solo piensan en el interés y en el destino de su patria. Tell es el primero que toma la palabra y dice.

Melctar tu padre vive , está en mi casa : tranquilízate , da treguas á tu ternura , calle tu piedad filial cediendo delante de la patria. Examinemos , busquemos los medios mas seguros , los mas pronto , los mas eficaces de rescatar nuestro pais , de volverle su libertad , de vengar las prolongadas injurias , las barbaridades , los furores que por tan largo tiempo ha sufrido. Cada uno de nosotros goza en su respectivo canton de la estimacion , de la adhesion , de la confianza de nuestros hermanos. Los valientes habitantes de Schwitz se levantarán á la voz de Verner , no les faltaban sino armas , hoy mismo Verner y yo se las hemos distribuido. Estas armas unidas á las que nuestros amigos de Schwitz se habrán proporcionado , nos responden de doscientos soldados cuyo capitan es Verner. Te-

nemos su fé, sus juramentos; contamos con ellos como con nosotros mismos.

En Uri, en las murallas de Altorff, donde la presencia del tirano aumenta y alimenta el terror, en donde la terrible fortaleza que ha hecho levantar, parece asegurar para siempre su poder, alli me ha sido mas difícil encontrar compañeros. Todos los corazones arden en deseos de libertad, pero los numerosos satélites de Gesler, sus infames espías están mas vigilantes y solícitos que antes para descubrir, para apagar la menor chispa de aquel fuego sagrado. Ni me atrevo á contar todavía con los habitantes de Altorff; tiemblan, gimen bajo la férula del despotismo; tienen siempre á la vista el hacha levantada sobre el primero que se atreva á mirar al gobernador. El pueblo de Altorff no le atacará, pero tampoco le defenderá. Es preciso conquistar á Altorff. En los lugares circunvecinos he hallado cien compañeros resueltos á morir á mi lado; tienen armas, son valientes, y esto es cuanto

puedo ofrecer. Habla Melctar , infórmame de tus esfuerzos en Underwald , y señalemos irrevocablemente la hora , el instante en que reuniremos nuestras fuerzas , y en que iremos á morir , ó á ser libres.

¡ Amigos ! esclama Melctar con un acento que apenas puede dominar , muy lejos estaba de poder contar con las fuerzas que están ya reunidas en vuestras manos , y aun así contaba con la victoria. Ciento cincuenta jóvenes guerreros están prontos en Underwald ; hoy mismo los he visto á todos , me han elegido gefe suyo , les consume el deseo de pelear. Amigos , no perdamos ni un solo instante ; vámonos esta misma noche á las murallas de Altorff , reunamos nuestros guerreros en medio de esta misma ciudad ; ataquemos inmediatamente su fuerte , el pueblo nos ayudará ; castigaremos al gobernador ; quiero que se le arranquen los ojos en el sitio mismo en donde mi padre..... Pero yo me ciego ; perdonad á un hijo el mas desgraciado ; digo , que

á pesar de ser de noche , á pesar de la nieve que cubre la tierra , y pone casi intransitables los caminos , quiero que mañana al romper la aurora estemos en medio de la plaza de Altorff , que inmediatamente se empiece un combate , el que ó nos haga dueños de la ciudadela , ó nos haga perecer á todos.

Si , todos pereceremos , le respondió Verner con voz serena , esta muerte gloriosa sin duda , será inútil á nuestro pais. ¿ No has oido Melctar lo que nos ha dicho Guillermo ? los cien amigos con quienes cuenta en Uri están esparcidos en los lugares , necesitamos tiempo para reunirlos y el tirano tiene siempre al rededor de sí cuatro mil satélites siempre prontos á cumplir sus órdenes. El pueblo de Altorff condolido , oprimido bajo el terrible peso de la presencia de Gesler , de su guardia , de sus soldados , no se atreverá por cierto á reunirse con nosotros. Nuestras débiles tropas llegando en tumulto las unas despues de las otras , no podrán conseguir entrar en la ciu-

dad, y serán destruidas en sus baluartes. Los tres cantones son demasiado débiles para destruir el poder de Gesler, que se apoya en el coloso del imperio, que tiene muchas plazas fuertes, cuyo sitio, por rápido que fuese, dará tiempo á la Alemania para mover contra nosotros ejércitos mas numerosos que todo nuestro pueblo. Creed en mi experiencia. Aseguremos recursos numerosos antes de intentar empresa alguna. ¿ Os figurais que somos los únicos animados del amor de libertar la patria ? ¿ Pensais que Lucerna, Zurich, los habitantes de las montañas de Zug, de Glaris, y de Apencel no se irritarán como nosotros viéndose oprimidos con cadenas ? No lo dudeis, estos generosos pueblos sufren con la sed de la independendencia : el corazon me predice que algun dia formarán un mismo cuerpo con nosotros, una sola república temida y respetada de todos los reyes del universo. Adelantemos este tiempo de gloria, enviemos diputados de confianza á Lucerna á Zurich, á Zug;

hagamos la conjuracion general ; señalemos un dia , un dia sagrado en el que á la misma hora todos los amigos de la libertad que se hallen en la Suiza , ataquen á la vez á sus tiranos. Entonces nosotros nos manifestaremos , entonces Altorff se pronunciará , y el gobernador turbado , rodeado de pueblos armados caerá á nuestros esfuerzos , antes que los correos detenidos por todas partes puedan llevar al emperador la noticia de los peligros de que se vea amenazado.

Verner calla , y Melctar murmura ; Melctar va á contradecir á aquél cuando Guillermo toma la palabra , y ambos le escuchan en silencio. Apruebo tu audacia Melctar , escuso tu fogoso ardor , pero él nos seria fatal : venero tu prudencia Verner , pero tendria tambien sus riesgos. ¡ Desgraciadas las conjuraciones aunque santas que necesitan tiempo y cuyo secreto no está cifrado en un corto número de corazones fieles ! Un error , una sola palabra , el mas ligero accidente destruye la obra de muchos años. Un solo traidor que

se encontrase en las numerosas ciudades que tú nos propones asociar á nuestros proyectos, bastaria para esclavizar á la patria, y ver perecer en los suplicios á sus hijos predilectos. No, no confiemos á nadie nuestros generosos, nuestros sublimes designios. Nosotros somos suficientes, y lo espero, para fundar la libertad, y cuando Uri, Schwitz, Unterwald hayan plantado en sus altas montañas el estandarte de la independendia, nosotros, ó nuestros hijos verán venir los cantones á pelear bajo aquel estandarte, ó á descansar bajo su sombra.

Verner, es tiempo de decidirse, de manifestarse; pero te pido, Melctar, algunos dias mas. Hé aquí el plan que os propongo.

Unterwald y Schwitz estan armados. Trescientos cincuenta guerreros de estos valientes cantones estan prontos, segun dices, á seguir nuestros pasos: citémoslos, no á una ciudad ni á aun lugar, sino á un valle, á un sitio desierto en donde, viniendo por diversas direcciones podrán reunirse y ponerse en mar-

cha todos á un tiempo ; en tanto que vosotros haceis esto , yo volveré á Uri , y ayudado por el valiente Furst , el único de mis compañeros á quien he revelado mis proyectos , reuniré si pudiese , los cien enemigos de la tiranía , cuyas murmuraciones y valor me han hecho juzgar que son dignos de vencer con nosotros. El esforzado Furst irá á buscarles en Maederan , y en Urseren , hasta en las altas montañas desde donde se precipitan el Aar , el Tessino , el Rin y el Ródano. Solo yo permaneceré en Altorff , adonde un emisario de Furst vendrá á avisarme el instante en que su tropa se debe poner en marcha. Al recibir esta noticia pongo fuego á una inmensa hoguera que mis manos han preparado en la montaña donde está mi casa. Asi que vieres la llama partirás , Verner , partid Melctar con todos vuestros compañeros , viniendo cada cual al parage de la reunion. De alli , asi que esteis reunidos , saldreis sin detencion para Altorff. Tengo medido el tiempo ,

las distancias. Furst con los valientes de Uri, Verner con los de Schwitz, Melctar con los de Underwald deben llegar casi á un mismo tiempo á la parte del mediodia, del norte, y del oriente de la ciudad. Yo estaré allí, valientes amigos míos, estaré solo en medio del pueblo, á quien mi voz y mis esfuerzos llamarán á la libertad de la patria. Mi boca hará resonar esta palabra sagrada que será nuestra señal de guerra. Vosotros la levantareis tambien al entrar. El pueblo sorprendido con ver, con oír que los de Underwald, los de Uri y los de Schwitz vuelan en su socorro, el pueblo entonces no dando oídos sino á su odio, y entregándose enteramente á su furor contra Gesler, engrosará vuestras valerosas tropas. Nosotros atacaremos el fuerte, donde el tirano sorprendido y turbado, se defenderá cobardemente. Vosotros vereis bien pronto tremolar nuestras banderas sobre aquellas terribles almenas, y toda la Suiza conmovida con esta primera victoria vendrá á

pedirnos el honor de ser partícipe de los combates sucesivos.

Así dijo , y Melctar se arrojó á sus brazos regando al héroe con sus lágrimas de alegría. El mismo Verner queda convencido , y aprueba su dictámen. Los tres libertadores, sin obligarse con nuevos juramentos, inútiles á sus almas grandes, los tres héroes se separan despues de haberse repetido que no se pondrán en marcha , sino en el momento en que Guillermo dé la señal del fuego. Melctar vuelve á Stranz para prepararse con sus amigos ; Verner y Tell volviendo á tomar la barca , atraviesan el lago , que permanece sosegado , y llegados al otro lado, Verner toma el camino de Schwitz, y Guillermo el de Altorff.

Camina siguiendo la orilla del lago , antes de volver á su casa y á la compañía de Edmea , quiere ir á visitar á sus amigos de Altorff, y enterarles de sus grandes designios. Brillaba ya el sol cuando llega á la ciudad. Se adelanta hasta la plaza , y el primer objeto que sorpren-

de su vista es, una altísima pica en cuya punta repara un rico gorro bordado de oro. Al rededor del asta se pasean en silencio numerosos soldados, pareciendo que guardan con respeto aquel nuevo signo del poder. Guillermo maravillado se adelanta; bien pronto vé al pueblo de Altorff prosternarse vilmente delante de aquel gorro, de aquella asta, y los satélites armados hacer bajar con las puntas de las lanzas casi hasta la tierra, las frentes de los que se humillan. Tell apenas dueño de su indignacion, se para á este espectáculo que apenas pueden creer sus ojos, permanece mudo, inmóvil, apoyado en su grande arco, y mira con desden á aquel cobarde pueblo y aquellos viles soldados.

Sarnem que manda la guardia, Sarnem que con feroz zelo tiene un placer en traspasar las órdenes que ha recibido del tirano, repara desde luego en aquel hombre, que solo, en medio del pueblo humillado tenia levantada su cabeza derecha y altiva. Vuela hácia él, se le acer-

ca, y mirándole con ojos ardiendo de furor le dice: ¡ cualquiera que tú seas, teme que yo castigue ahora mismo tu lentitud en obedecer las órdenes de Gesler! ¿ Ignoras la ley publicada, que obliga á todo habitante de Altorff á saludar con respeto este signo de su poder? La ignoraba respondió Guillermo, y jamás hubiera pensado que la embriaguez del supremo poder pudiera llegar á este exceso de tiranía, y de demencia. Pero está justificado por la cobardía de este pueblo. Disculpo, apruebo la conducta de Gesler, debe tratarnos como esclavos, aun no desprecia bastante á unos hombres tan bajos que se someten á caprichos tan degradantes. Yo por mi parte solo inclino la frente á la divinidad. Temerario, replica Sarnem, vas á espiar tu audacia. Híncate de rodillas, desarma el brazo que va á castigarte. El mio me castigaria á mi mismo, le dijo Tell mirándole, si fuera capaz de obedecerte.

A esta respuesta, y á una señal dada por el cruel Sarnem, se echan inmedia-

tamente sobre Guillermo una turba de aquellos satélites. Le arrancan el arco de la mano y le quitan el carcax. Rodeado de espadas relumbrantes dirigidas á su pecho , le conducen , le arrastran al palacio del gobernador.

Tranquilo Guillermo en medio de los soldados , sordo á sus groseras amenazas, con los brazos cruzados comparece delante del gobernador. Le considera con aire desdeñoso , deja hablar sin interrumpirle al que se esfuerza en acusarle, y con un silencio impasible espera que Gesler le pregunte.

Su talante , su frente , su rostro sereno , turban al gobernador. Un involuntario terror , un secreto presentimiento parece que le dicen , « á tu presencia tienes el que debe necesariamente castigar tus crímenes ». Teme fijar la vista en él ; duda interrogarle , y al fin con voz alterada le dice : ¿ Que motivo puede haberte inducido á desobedecer mis órdenes , negándote á prestar el respetuoso homenaje que debes al signo de mi po-

der, cualquiera que sea? Habla, defiéndete, puedo perdonarte. Al oír esto Tell le mira con una sonrisa de enojo : castígame , le dice , y no intentes saber mis pensamientos ; jamas oíste la verdad , ni menos pudieras soportarla.--Quiero oírla de tu boca , quiero que tú mismo me enteres de mis faltas y de mis deberes.—Yo no instruyo á tiranos , pero el horror que me inspira tu presencia , nada mengua mi valor para recordarles sus crímenes , y predecirles su suerte. Escúchame pues , Gesler , ya que consientes en oírme.

En breve estará llena la medida : ya rebosa la copa de la desgracia , que el cielo irritado contra nosotros quiso poner en tus manos. Dios agotó sobre nosotros , por tu medio , todos los rigores de su cólera ; su justicia va á herirte. Oye los lamentos de los inocentes que detienes en los calabozos ; oye los de tantos niños , tantas viudas que vuelven á pedir sus esposos , á sus padres muertos por tus órdenes en medio de los tor-

mentos. Mira sus sombras ensangrentadas andar en rededor de tu habitacion, perseguirte en tu sueño , presentarse delante de tí , para que veas sus profundas y anchas heridas, sus cuerpos desgarrados y palpitantes. Su sangre que saltó y salpicó tus manos te despierta en el reposo de la noche; tú vés entre las tinieblas esa misma sangre , la vés , y en vano cierras los ojos por no verla. Los pocos vivientes que quedan, abandonando sus propiedades, sus bienes, el fruto de su sudor á tu insaciable codicia , huyen , y van á ocultarse en lo mas intrincado de los bosques , en las concavidades de las rocas. Y ¿ que hace allí este pueblo tímido , á quien tu nombre solo causa mas espanto que el ruido de los montes de nieve que se precipitan de lo alto de las montañas para sepultar nuestros lugares ? ¿ que hace pues ? De rodillas en las rocas levanta sus manos á Dios , y pidiéndole venganza , le suplica que esterminé al esterminador de los humanos. Si , Gesler , yo te lo anuncio :

las oraciones de todo un pueblo , los gritos de tantos inocentes perseguidos , despojados , maltratados , sacrificados de orden tuya , su sangre continuamente derramada por tus manos , y cuyo espeso vapor forma una nube al rededor de tí , esa sangre se ha elevado hasta el cielo ; nuestros lastimeros ecos llegaron hasta el trono del Todo-poderoso cuya justicia va á caer sobre tí , mi patria toca ya á su libertad. Tales son mis votos , mis esperanzas , mis pensamientos. Satisface así á tus preguntas ; nada tengo que añadir , porque no quiero degradar mi buena razon hasta el punto de hablarte , ni siquiera una palabra , acerca de la orden insensata , del delirio que hace arrojarse hoy á los habitantes de Uri delante del gorro que cubre tu cabeza. Lo sabes todo ya , ahora puedes disponer , manda mi suplicio.

Oia Gesler en silencio , y conteniendo su cólera para poder asegurar mejor sus golpes , suspendia los efectos de su rabia con la esperanza de encontrar , de

inventar un nuevo suplicio que le vengase mejor de aquel hombre que parecia despreciar la muerte. Pensó en los dos niños que el dia anterior habia mandado encerrar. Se acuerda de sus atrevidos discursos , y comparándolos con los que acaba de oir , sospecha su ingenioso furor , presiente , adivina que aquellos niños tan orgullosos ya , tan penetrados del odio á los tiranos , debian ser precisamente hijos del que acaba de menospreciarle. Quiere cerciorarse al punto de ello , y en secreto da órden de que traigan á su presencia á los dos niños.

Sarnem corre á buscarles. Durante este tiempo disimulando el bellaco Gesler su cólera , fingiendo no estar alterado , pregunta friamente á Guillermo sobre su estado , su familia y la consideracion en que le tienen en Uri. Guillermo no oculta su nombre , y este nombre tan famoso en Altorff , admira , espanta al gobernador. ¿ Pues que , le dice con sorpresa , eres tu aquel tan afamado por la destreza de gobernar un barco ? ¿ Eres aquel

cuyas certeras flechas jamas erraron el blanco ? El mismo soy , le responde Tell , y me avergüenzo ciertamente de que mi nombre tan solo sea conocido por cosas inútiles á mi patria. Esta vanagloria está muy lejos de merecer la muerte, que voy á sufrir al pronunciar el nombre de libertad.

A este mismo tiempo vuelve Sarnem conduciendo á Clara y á Gemmi, y Tell reparando en su hijo , da un espantoso grito , se abalanza hácia él , y le dice : ¡O Gemmi ! ¡ó hijo mio ! ¿ con que puedo abrazarte aun ? ¡ y en que sitio..... porque causa..... como !.... No , no , no sois mi padre , le responde inmediatamente Gemmi , que vé el peligro de Guillermo , y que sabe la suerte que Gesler prepara á sus desgraciados padres ; no , no os conozco , mi familia no está aquí. Guillermo asombrado, permanece inmóvil , con los brazos abiertos y estendidos ; no puede comprender la razon porque su hijo se niega ostinadamente á recibir sus abrazos , y en desconocer á

su padre. Clara aumenta su sorpresa, confirmando lo que Gemmi acaba de decir, y repitiendo de nuevo con él, que Guillermo no es su padre. El corazón de Tell se altera, murmura, comienza á ofenderse; y Gesler cuyos feroces ojos observan todos los movimientos, Gesler que acaba de penetrar el misterio que quería descubrir, se complace á la vez con el temor, la sorpresa, y las angustias del padre y de los hijos.

Una alegría horrible asoma á su frente; brillan sus miradas con un tenebroso furor. No me engaÑais, les dice: ahí tienes tu hijo; ese niño que me ha ofendido; hace largo tiempo que mi paciencia ha sufrido aquí tus ultrajes, con el fin de encontrar un castigo que fuera igual á tu temeridad, voy á decirle, escucha: Aun castigándote quiero rendir homenaje á tu singular destreza tan alabada de tu feliz pais: quiero que el pueblo de Altorff contemplando mi justicia admire tu destreza. Van á entregarte tu arco; á distancia de cien pasos co-

locarán tu hijo delante de tí; se pondrá una manzana encima de su cabeza, sirviendo de blanco á tu flecha. Si tu mano certera arrebatara con la flecha la manzana, os perdono á entrambos y os restituyo la libertad; si rehusas hacer esta prueba, tu hijo va á morir á tu vista. Bárbaro, le responde Tell, ¿ que demonio abortado del infierno ha podido sugerirte una idea tan cruel? ¡ ó justo Dios, que nos vés y nos oyes! ¿ sufrireis este horrendo exceso de crueldad? No, no acepto la prueba; no, no quiero consentir en esponerme á ser el homicida de mi hijo; te pido la muerte, la imploro de tus verdugos; todos están aquí; cuantos te rodean han manchado sus manos mas de cien veces en sangre: ¡ que asesten sus espadas contra mí; dirijanlas á mi corazon! te lo ruego, te lo suplico; ¡ pero que muera inocente; que muera hombre y padre! Atiende, Gesler; tus numerosos guardias, el ejemplo de todo un pueblo, la certeza, la vista del suplicio, no bastaron para humillarme en tu

presencia ; he preferido la muerte á tal bajeza ; pues bien , para alcanzar esta muerte , para libertarme del horroroso peligro de atravesar por mi mano el corazón de mi hijo , voy á doblar mi rodilla delante de tí : Gesler , prométeme la muerte , y me humillo rindiendo homenaje á tu orgullo.

No , de ningun modo , esclama inmediatamente Gemmi , cuya tierna voz movió á lástima aun á los satélites que le rodeaban : no , no os rindais á sus deseos , yo acepto la prueba : suceda lo que quiera , mi padre será libre como él mismo lo ha prometido. Sosegaos , digno padre mio ; no receleis , el cielo guiará vuestra mano ; si , vuestro hijo está seguro : perdonadle , disimulad la ternura con que quise desconoceros por un momento. Temia por vos , por vos solo , y por salvaros oculté el bien que mas estimo en este mundo , el nombre , el dulce nombre de ser vuestro hijo ; ¡ ó padre mio , perdonadme ! Padre mio , mi querido padre , dejadme repetir este nombre que

yo mismo me habia prohibido pronunciar. Tranquilizaos, no temais, no me matareis; una secreta voz me lo predice. ¡ Que me conduzcan, que me lleven al sitio señalado! y tu, Clara, vete, vete, mas guardate de decir nada á mi madre. Dice, y se arroja al pecho de Guillermo, quien le recibe, y estrechándole con su corazon quiere hablarle, y tan solo puede inundarle de lágrimas, y repetirle con voz trémula y balbuciente: ¡ no hijo mio, no, mi querido hijo! Clara cae desmayada, los soldados la entran en el palacio, y el inflexible Gesler sin conmoverse con tan tierno espectáculo, repite su bárbara y terrible orden, ofreciendo por última vez á Guillermo la eleccion cruel de ver perecer á su hijo, ó de sujetarse á la prueba. Guillermo le oye con la cabeza baja, permanece algunos instantes sin responderle, teniendo siempre á Gemmi en sus brazos; despues volviendo á levantar la cabeza, y mirando atentamente al gobernador, con los ojos encendidos de llorar, y centelleantes de indig-

nacion, le responde; obedeceré, que me conduzcan á la plaza.

El padre y el hijo asidos de las manos, se ven al punto rodeados de guardias. Bajan juntos del palacio custodiados por Sarnem. Todo el pueblo, sabedor ya del horrible espectáculo que va á presenciar, se agolpa hácia la plaza, sollozando casi todos en lo interno de su corazon, pero sin que ni uno solo se atreva á manifestar un sentimiento de lástima. Sus tímidas miradas buscan á Guillermo; le descubren en medio de las lanzas, caminando al lado de Gemmi que le mira sonriéndose. Las lágrimas saltan á los ojos mirando el rostro del padre, y el terror las reprime porque Gesler las castigaria como un crimen. Todos fijan la vista en tierra, y un triste silencio reina en el pueblo, que llora, sufre, y calla.

El feroz Sarnem ha medido ya el espacio, una doble fila de soldados le cierra por todos lados. El pueblo se agolpa detras de ellos; Gemmi de pie en una

estremidad, considera todos estos aparatos con enjutos y serenos ojos. Gesler á larga distancia y detras de Tell, en medio de su guardia, observa con sobresalto el triste silencio del pueblo; y Guillermo rodeado de lanzas, permanece inmóvil con los ojos inclinados hácia la tierra. Preséntanle su arco con una sola flecha, despues de haber probado su punta, la rompe, la tira y pide su carcax; se le alargan, le desocupa á sus piés, busca, elige entre todas las flechas, permanece largo tiempo inclinado, y aprovecha un momento favorable para esconder una flecha entre el vestido; tiene otra en su mano, que es la que ha de servirle. Sarnem manda retirar las demas, y Guillermo, con lentitud, pone tirante la cuerda de su arco.

Mira al hijo, se detiene, levanta los ojos al cielo, tiende el arco y la flecha, y pide que le dejen ir á hablar con Gemmi. Cuatro soldados le acompañan á donde está, y él le dice: Hijo mio, me es preciso venir á abrazarte otra vez, y re-

petirte lo que te tengo dicho. Estáte inmóvil hijo mio , pon , pon una rodilla en tierra , asi estarás mas seguro ; pide á Dios , hijo mio , que proteja á tu desgraciado padre. ¡ Ah ! no le pidas sino por tí , ¡ no sea que mi idea sirva para enternecer y debilitar tal vez tu varonil entereza , esa entereza que admiro sin poder imitarla ! ¡ O hijo mio ! si , yo no puedo manifestarme tan grande como tú. Sosten , sosten esa firmeza de que quisiera darte ejemplo. Si , permanece como estás hijo mio , así es como quiero que estés :.... como quiero que estés.... ¡ Que desgraciado soy ! ¡ Y vos lo consentis , Dios mio !.... Atiende..... tuerce la cabeza..... no sabes , no puedes imaginar el efecto que producirá en tí esta punta , este reluciente hierro dirigido contra tu frente. Fuera la cabeza , hijo mio , y no me mires. No , no temais , le responde el niño , nada temais ; quiero miraros , no veré la flecha , tan solo miraré á mi padre. ¡ Ah ! hijo mio , exclamó Tell , ¡ no me hables , no me hables ! Tu voz , tu

acento me quitará mi fuerza. Calla, pon tu corazón en Dios, y no te muevas.

Diciendo esto abraza Guillermo á su hijo, quiere separarse y le abraza de nuevo; le repite sus últimas palabras, pone la manzana sobre su cabeza, y volviéndose de improviso marcha acelerado hácia su sitio.

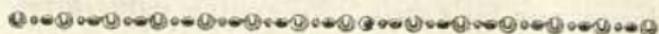
Allí recoge el arco y la flecha, vuelve á mirar al blanco tan querido, por dos veces hace ademán de levantar el arco, y otras tantas le dejan caer sus paternales manos. Valiéndose en fin de toda su destreza, todo su esfuerzo, se enjuga las lágrimas, que cayendo sin cesar obscurecen su vista, invoca al Todo-poderoso, que de lo alto del cielo vela sobre los padres, y estendiendo su brazo trémulo, precisa, acostumbra sus ojos á ver tan solo la manzana. Aprovechando este solo instante, tan rápido como el pensamiento, consigue olvidar á su hijo, apunta, despide, lanza la flecha, y atravesando ésta la manzana se la lleva consigo.

Un grito de alegría resuena en toda la plaza ; Gemmi vuela á abrazar á su padre. Este pálido , inmóvil y fatigado del esfuerzo que ha hecho , no le paga sus caricias. Le mira , si , con amortiguados ojos ; no puede hablarle ; apenas oye lo que su hijo le dice , titubea , está próximo á caer , y cae efectivamente en los brazos de Gemmi , que se apresura á socorrerle , y descubre así la otra flecha que tenia oculta entre sus vestidos.

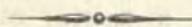
Gesler que habia corrido hácia él , agarra la flecha. Guillermo vuelve en sí y aparta precipitadamente la vista al aspecto del cruel Gesler , que le dice : ballestero sin igual , yo cumpliré mi promesa , yo premiaré tu singular habilidad ; pero antes respóndeme , ¿ que ibas á hacer con esta flecha que ocultabas á mi vista ? tan solo necesitabas la una , ¿ para que guardabas la otra ? Para atravesarte el corazon , tirano , si mi mano desgraciada hubiera cortado el hilo de la vida de mi hijo. Al oír esta palabra , que un padre no ha podido contener , el ate-

morizado gobernador se mete en medio de sus satélites. Revoca su promesa, y manda al cruel Sarnem que encadenen inmediatamente á Guillermo y le conduzcan á la fortaleza. Obedécenle al punto, van á arrancarle de los brazos de Gemmi, que hace esfuerzos vanos para acompañar á su padre, y los guardias le separan. El pueblo murmura, se conmueve; Gesler se apresura á encerrarse en su palacio, y hace que todas las tropas se pongan sobre las armas. Numerosos pelotones de austríacos patrullan por la ciudad, y obligan á los habitantes asustados á encerrarse en sus casas. El terror reina en Altorff, y los verdugos prontos á ejecutar, esperan nuevas víctimas.

---



## LIBRO IV.



ENTRE tanto que el tirano , cada vez mas azorado se encerraba en la fortaleza , coronaba sus almenas de soldados , y temblaba que el pueblo irritado viniese á sacar á Guillermo ; Gemmi , el desgraciado Gemmi con los ojos anegados en lágrimas , con los brazos estendidos pedia á cuantos encontraba que le volviesen á su padre , en todas partes era repelido por los feroces satélites que guardaban las avenidas , y errante al rededor de las murallas del fuerte daba dolorosos gritos. Clara , á quien habian detenido en el palacio durante el horrible espectáculo , se habia escapado por fin , y buscaba á Gemmi por todas partes. Le vuelve á ver , vuelve á sus brazos , y quiere en-

jugar sus lágrimas. ¡ Mi padre está entre cadenas , le dice Gemmi, mi desgraciado padre va á perecer ! Clara , escúchame , he perdido la esperanza de poder entrar en la prision , de quedarme allí con él , de servirle , y de acabar mi vida á su lado , voy pues , á tentar el único medio que me queda de salvar su vida : voy corriendo á Underwald , enteraré á tu padre del peligro que amenaza á su amigo, Melctar tiene amigos, valor y armas ; Melctar vendrá á libertarle. Yo te ruego, mi querida Clara , que vuelvas á casa de mi madre , que la enteres de cuanto ha pasado , y lo que intento en este momento mismo. Vé , Clara , vé á consolarla ; yo no volveré sin Melctar , pereceré ó salvaré á mi padre , á ti te toca , pues, ocupar mi lugar al lado de mi buena madre.

Dice , y separándose de Clara , marcha precipitadamente , sale de la ciudad , y llega en breve á las montañas. Clara se apresura á volver á la choza de Tell , donde el viejo Enrique , y la buena Ed-

mea separados de Guillermo y de sus hijos, cuya suerte ignoraban, se consumian de impaciencia y sobresalto. La llegada de Clara, que venia pálida, despavorida y bañada en lágrimas, redobla los temores de Edmea. Se levanta, corre á su encuentro gritando ¿ y Gemmi? ¿ y Gemmi? ¿ que se ha hecho mi hijo? — Vive, está libre, le responde inmediatamente Clara, arrojándose á los brazos del anciano ciego. Le abraza, abraza á Edmea, y con trémula y agitada voz les cuenta lo que ha ocurrido con el cruel Gesler, el modo con que fueron sacados de la cárcel, y conducidos á presencia de Guillermo, la espantosa prueba á que fueron precisados el padre y el hijo. Pero ignorando ella cuanto despues habia pasado, tan solo añade que Guillermo queda encadenado, que Gemmi para libertar á su padre habia marchado en busca de Melctar: que Tell está amenazado de muerte, y que el gobernador se la ha jurado.

Al oír esta relacion la oprimida Edmea

vuelve á caer casi muerta sobre el asiento que acababa de dejar ; el viejo ciego, fuera de sí , comienza á dar gritos lamentables. Quiere que le lleven adonde está su hijo , quiere ir á pelear á su lado , á perecer por libertar á Guillermo. La jóven Clara detiene al anciano , socorre á Edmea accidentada , y no puede acudir á estos dos desventurados con el tier-no cuidado que tanto necesitan.

Pasados, en fin, los primeros momentos de un dolor tan profundo y tan vivo, el anciano Enrique dando lugar á su razon, y recobrando el ánimo y la prudencia , toma las dos manos de Edmea, y apretándolas con su corazon ; no llores mas , le dice , ¡ó mi virtuosa amiga ! no perdamos en llanto el tiempo precioso que debemos emplear mejor. Gemmi está en Underwald ; en pocas horas podrá llegar á avistarse con mi hijo. Conozco á Melctar ; Melctar , seguido de todos sus amigos , vá á ponerse en camino para Altorff ; llegará mañana al amanecer , y nada omitirá para libertar á

Guillermo. Pero los pocos amigos que puede llevar consigo no bastan para tan grande y arriesgada empresa: yo tengo algunos en la ciudad; voy á despertar su valor, á escitarlos, á animarlos. Ellos me conducirán á la plaza; á los primeros rayos del sol estaré en medio del pueblo. Allí le hablaré, allí descubriré las recientes heridas que he recibido de Gesler, manifestaré las concavidades de mis ojos arrancados por sus feroces manos. Mi edad avanzada, mis canas, mi rostro desfigurado, mi sangre que aun mancha mis vestidos, las lágrimas de esta débil niña, todo ayudará á mi elocuencia; lo espero, estoy cierto que el pueblo conmovido querrá vengarme; el pueblo aumentará el número de los amigos que yo habré reunido. Mi hijo y el tuyo vendrán, y hallarán un genio pronto á reunirse con ellos. Atacaremos la fortaleza: yo estaré en medio de los tiros para animar á los valientes soldados, les gritaré, ¡venganza, venganza! haré resonar sin cesar el aire con los

nombres de patria y libertad. Sino pudiese seguirlos me conducirán, me llevarán hasta donde esté tu esposo, á quien traeremos á tus brazos. Si, estoy seguro de ello; Dios que me inspira, me anuncia de antemano la victoria. Ven, hija mia, marchemos sin demora; ven me darás mi báculo y el apoyo de tu brazo. La noche no puede estar muy lejana, ven, la noche debe sernos muy útil.

Apruebo este proyecto, le dice Edmea, y yo soy la que quiero conducirlos; pero antes de que dejemos este sitio, tened la bondad de oirme, y dignaos darme un consejo sobre lo que voy á informaros. Sin que mi marido me lo haya revelado, sé, hace mucho tiempo, que medita el gran proyecto de dar libertad á su patria. Sus secretos viages á Schwitz, á Unterwald, á Unseren; la multitud de armas que ha recogido y ocultado, sus ausencias nocturnas, y la distraccion que yo leia en su rostro, todo me he confirmado mucho tiempo ha, de que en los tres cantones se trama

una conspiracion cuya cabeza es Guillermo. Ignoro quienes sean los demas gefes, pero creedme , estos gefes existen y entre ellos tienen concertado y convenido el momento, la señal, y todo lo demas para su ejecucion. No he podido penetrar cual sea la señal, pero hace muy pocos dias que á mi esposo se le escapó una palabra que llamó toda mi atencion, me alarmó, y aclaró como podia hacerlo un rayo de luz. Esta palabra, y algunos dichos me han hecho sospechar y creer que la señal de los conjurados es una hoguera encendida en lo alto de esta montaña. Nos faltan el tiempo y las fuerzas para hacerla esta misma noche y ponerla fuego, pero una secreta voz me dice, que si pudiéramos llegar á conseguir que la llama brillase, se reunirian todos los amigos de mi marido para libertarle. Pregunto, Enrique, ¿que deberemos hacer? mi débil mano es suficiente para poner fuego á esta casa que nos sirve de asilo y que está situada en lo mas elevado. Los habitantes de los

tres cantones necesariamente han de ver y observar el incendio. ¿Que me importa mi casa? ¿de que me han de servir mis bienes si mi esposo va á perecer? si le salvo, nos albergareis en la vuestra, si le pierdo tan solo necesito un sepulcro.

Calló, y el viejo Enrique aprobando su designio, la anima á su ejecucion. Al punto Edmea vá á coger un brazado de ramas secas, le enciende en el hogar, echa al rededor leña encendida, que desparrama y atiza ella misma, arroja á las llamas, sin pesar y sin dolor, la cuna de su hijo y el casto lecho del himeneo, echa leña por todas partes, y cuando está segura que nada podrá ni amortiguarla, ni apagarla, toma del brazo al anciano que se apoya con el otro en Clara, y bajando todos del escarpado monte, toman el camino de Altorff.

Mientras que en medio del mas profundo silencio que el terror habia esparcido en la ciudad, el anciano, la esposa, y la desgraciada hija iban llaman-

do á las puertas de sus amigos , el fuego encendido por la mano de Edmea se aumenta y prende en la paja que forma el techo de la choza. La llama cada vez es mas brillante , y esparce un resplandor muy dilatado que se distingue perfectamente desde muy lejos. Verner la percibe desde Schwitz ; el fogoso Melctar , con quien Gemmi aun no habia podido reunirse , salta de contento con su vista , y Furst en medio de Ursenen no duda que Guillermo , á la cabeza de los valientes de Altorff les llama á su socorro. Los tres gefes se arman en el momento mismo , salen de sus hogares , van á buscar y reunirse á sus fieles amigos , y los llaman para conseguir la libertad. Sus amigos se despiertan y cogen sus armas , se reunen en silencio , se forman en batallones , y por tres puntos marchan los tres gefes casi á un mismo tiempo por distintas direcciones hácia Altorff , seguidos de una multitud débil por su número , pero fuerte por su valor , y por

su firme resolución de perecer ó liberar su patria.

Todos aceleran el paso , pero detenido y retrasado su viage por las nieves , por los torrentes , por los caminos cerrados , temen llegar tarde á aquel fuerte , á aquel terrible fuerte que conviene atacar todos á un mismo tiempo , y que es preciso tomar con el tirano. Pero éste inquieto , alarmado con los movimientos que ha visto en el pueblo , temiendo que le quiten su prisionero , temblando por su propia vida , habia tomado con tiempo nuevas medidas , de las que , una sola , hacia inútiles las de los tres conjurados. A la caída de la tarde del mismo dia , reflexionando Gesler que por un lado reforzada la fortaleza con numerosos soldados , no tenia suficientes víveres para sostener un largo sitio , y temiendo por otro no tanto el verse cercado en este impenetrable asilo , quanto no poder estar en comunicacion con el resto de su ejército acantonado en rededor

de Lucerna , hizo llamar á Sarnem para comunicarle esta nueva órden.

Amigo , le dice , voy á dejar este punto donde tu quedarás mandando en mi ausencia. Quedan contigo mis valientes soldados , quienes solo obedecerán á tu voz. Ese vil pueblo , al que debo castigar por su insolente murmuracion , será pronto destruido por los refuerzos que voy á traer : haz que me preparen una barca capaz de llevar cincuenta hombres escogidos de mi guardia , que deberán partir conmigo esta noche. Luego que anochezca , harás conducir , y embarcar á ese temerario Guillermo , que no ha temido ofenderme é insultarme ; sobre todo te encargo que esté bien asegurado con grillos , y que se le coloque en medio de mis guardias. Quiero llevarle yo mismo al castillo fuerte de Kusnach , á la estremidad del lago de Lucerna. Allí estará mejor custodiado que aquí , y allí aguardará en un calabozo , á que á mi vuelta con los refuerzos que espero traer , pueda con sus largos tormentos enseñar

á los habitantes de Altorff lo que ganan con ultrajarme.

Sarnem ufano de verse elegido para remplazar al gobernador, se apresura á obedecer sus órdenes. Bien pronto la barca está dispuesta; bien pronto el mismo Sarnem conduce cincuenta ballesteros elegidos por él á la puerta del calabozo de Tell. El héroe cargado de pesados grillos que apenas le permiten moverse, es entregado á la custodia de los cincuenta ballesteros; y obscurecido ya, le llevan en silencio, le arrastran hacia la orilla, donde Gesler solo y disfrazado, habia ido en secreto. El tirano hace arrojar al cautivo en lo hondo de la barca, y él rodeado de sus ballesteros se coloca en la proa, hace distribuir vino y dinero á sus soldados y sus remeros, y parte sin que nadie le conozca.

La barca vuela sobre las olas. El ayre era puro, las aguas estaban serenas, y las estrellas brillaban en el cielo. Un ligero viento de mediodia soplabá ayudando á los remeros, y templaba el ri-

gor del frio , que hacia mas insoportable la noche , la estacion y las cercanas nieves. Todo favorece á Gesler. Pasa el largo estrecho del primer lago de los cuatro cantones , y se dirigen en derecha hácia Brunnen , para atravesar el estrecho por donde se pasa al segundo lago. Durante todo este tiempo, Tell agoviado con el peso de las cadenas, tirado por el suelo en medio de los guardias, reconoce por la orilla izquierda las desiertas rocas de Grutty , y aquella caverna en que el dia anterior meditaba con sus amigos los medios de volver la libertad á su patria. Esta vista , esta memoria hacen titubear su valor. Siente saltársele á los ojos las lágrimas , de que se averguenza ; las reprime al momento , vuelve la cabeza , y dirige su vista al cielo que parece le abandona. En aquel momento mismo advierte del lado de Altorff un resplandor bermejo, que se aumenta por grados , y repara una estensa llama que se levanta sobre Uri. Su corazon salta de gozo con esta vista : pero no puede

comprender de donde viene esta señal, cuyo secreto no ha confiado á nadie. Duda, examina, se asegura de que aquella llama sale de la montaña donde está situada su casa. Da gracias al cielo sin saber aun si es un beneficio que le concede; no le espera, no piensa que aquel acontecimiento pueda salvarle la vida, pero sí que puede salvar su pátria, y esta idea le hace olvidar su propio peligro.

Gesler y sus satélites han reparado, como él, en aquella llama; se la hacen mirar con sorpresa: la atribuyen á algun incendio, y se cuidan poco de una desgracia que tan solo interesa á sus enemigos. Gesler apura á sus remeros; impaciente por llegar, manda que redoblen sus esfuerzos. La barca se vuelve hácia el poniente, pasa el estrecho, voga por las aguas mas profundas del peligroso lago de Underwald. Allí amainó de repente el viento de mediodia, que impelia la rápida barca. El aquilon, y el viento de Este reinan en los aires agitados. El uno precedido de las tempestades levanta y

aglomera las olas , las impele , las estrella silvando en los costados de la barca , que cediendo á su furia , á sus violentos y repetidos golpes se abate , tuerce su rumbo á pesar de los remeros , y huye inclinándose á la costa ; el otro trayendo el frio , las nubes y la nieve , cubre el cielo con un velo fúnebre difunde las tinieblas sobre las aguas , hiere el rostro y las manos de los remeros con puntia- gudos carámbanos , les obliga á dejar la maniobra , oculta á sus ojos hasta la vista de sus peligros , llena la barca de témpanos mezclados con abundante nieve , se opone de cara á su giro , y combatiendo con el aquilon que la ataca de lado , la hace volver rápidamente sobre su quilla , la tiene suspensa así sobre lo alto de las olas enblanquecidas , y abandonándola por instantes la precipita al fondo del abismo.

Los soldados pálidos , consternados , no dudan ya de una próxima muerte , se ponen de rodillas , imploran al Dios que por tan largo tiempo han olvidado.

El cobarde Gesler , temblando aun mas que ellos , vá , viene , pregunta á los remeros , y les ofrece sus tesoros si tienen la esperanza de salvar su vida. Los remeros inmóviles , tristes , tan solo le responden con el silencio. Llanto , llanto deshonoroso de debilidad y cobardia baña por la vez primera los ojos feroces del gobernador : va á perecer , está seguro de esto , y ni sus riquezas , ni su poder , ni sus suplicios , ni sus verdugos pueden libertarle del sepulcro ; llora , siente perder la vida , pues ya no podrá hartarse de sangre.

Tranquilo Tell en su sitio , conmovido mucho menos con los gritos de los soldados , con el ruido de las espumosas olas , con el silvido de los vientos desencadenados , que lo fué al divisar la caverna de Grutty , esperaba la muerte , y tan solo pensaba de la ventaja que podría sacar su pais con la muerte del gobernador. Gozaba y se alegraba en silencio del miedo , de los gemidos , del tormento que experimentaba Gesler , cuan-

do uno de los remeros se vuelve de repente hácia aquel hombre cruel , y le dice ; estamos perdidos , no está ya en nuestro poder el contener en medio de las olas la barca impelida por el viento , que de aqui á un instante va á estrellarla y hacerla astillas entre las rocas de la orilla. Unicamente podrá salvarnos la vida un solo hombre , el mas afamado , el mas hábil de nuestros tres cantones en el arte de superar las tempestades del lago. Este hombre está aqui ; ¡ vedle , ahí está cargado de cadenas ! Elegid , Gesler , elegid prontamente entre vuestra muerte ó la libertad. Gesler se estremece al oír esta palabra. Su odio contra Tell combate en su alma pusilánime con el amor mismo de conservar su vida ; duda todavia , nada responde ; pero las súplicas , las murmuraciones de los remeros y soldados que le piden , que le estrechan á que quiera salvar sus dias y los suyos , poniendo en libertad al prisionero ; el temor de verse desobedecido si se niega á los deseos de todos , y la tem-

pestad que se aumentaba , todo le determina en fin. Quítenle las cadenas , dice, le perdono todos sus crímenes, le restituyo la vida y la libertad, si su habilidad nos lleva al puerto.

Los soldados , los remeros se apresuran á poner á Guillermo en libertad. Quítanle las cadenas , se levanta y sin hablar ni una palabra se apodera del timon. Haciendo mover la barca bajo su direccion como un niño dobla un junco , que tuerce á su gusto , opone la proa á los dos vientos , y su fuerza , asi dividida , la sostiene en equilibrio. Aprovechando en seguida un momento de calma, tan rápido como un relámpago, vuelve de la proa á la popa , contiene la barca en la sola direccion que puede salvarla , hace tomar los remos á dos remeros solos , cuyos esfuerzos dirige , y á pesar de los vientos y de la tempestad se echa sobre el estrecho que quiere volver á pasar. La obscuridad impedia a Gesler reparar que navega hácia el mismo punto de donde salió. Guillermo continua su

rumbo , pasando en esto toda la noche ; pero , al fin , vuelve á entrar en el lago de Uri y descubre otra vez la amortiguada luz de la señal dada sobre el monte de Altorff. Esta llama le sirve de norte : hace mucho tiempo que conoce los escollos del lago , los evita , y de este modo se aproxima á la orilla que baña el canton de Schwitz ; piensa en Verner , calcula que debe estar en marcha , y que los caminos cubiertos de nieve le obligarian á costear el lago. Con esta débil esperanza navega , fingiendo ignorar el punto adonde la tempestad impele la barca , aumentando así el terror de Gesler y de sus soldados.

En fin , el oriente se aclara , y parece que la tempestad quiere apaciguarse á los primeros rayos de la aurora. El dia descubre á Tell las rocas vecinas de Altorff ; antes que haya tenido tiempo de reconocerlas el tirano á quien teme. Guillermo dirige la barca hácia aquel lado , y hace que surque con mas rapidez. Gesler , cuya ferocidad se reanima á medida

de que el peligro se aleja, observa á Guillermo con airados ojos. Quiere, pero no se atreve aun á mandar que le carguen de cadenas. Sus soldados y marineros reconocen bien pronto el parage donde se hallan, y dan aviso al gobernador, quien dirigiéndose colérico hácia Tell, le pregunta con voz terrible, porque ha vuelto á tomar el rumbo de Altorff la barca que ha dirigido, y Guillermo sin responderle palabra, impele rectamente la barca hácia una roca poco distante de la orilla, coge con una mano veloz el arco y la flecha que un ballestero tenia en la mano, con la rapidez de un rayo se echa fuera de la barca, y salta en la roca. Allí sin detenerse brinca como el corzo á otra roca que le hace volar á la ribera, trepa inmediatamente por la roca escarpada, y se presenta en la cima, semejante á el águila de los Alpes cuando descansa cerca de las nubes, y recorre con penetrante vista todos los rebaños que pacen en los valles.

El gobernador espantado dá un grito

de furor y de rabia. Inmediatamente manda saltar en tierra , y que los soldados repartidos rodeen por todas partes la roca donde vé al héroe. Le obedecen ; los ballesteros desembarcan , y preparan ya sus arcos. Gesler , que marcha en medio de ellos , quiere que sus flechas reunidas , se empapen todas en la sangre de Guillermo. Este tambien tiene sus designios. Se detiene , y se deja ver tan solo para atraer hácia sí á su enemigo. Deja que aquella tropa armada se acerque á la distancia precisa adonde pueda alcanzar su flecha , y causar la muerte. Vé , fija la vista en Gesler , pone la flecha en el arco , y apuntando al corazon del tirano , la despide por los aires. La flecha vuela , silva , y hiere en medio del corazon de Gesler. El tirano cae , vomita una sangre negra , tartamudea su rabia , y su alma atroz se exhala prorrumpiendo en terribles imprecaciones. Guillermo ha desaparecido : Guillermo mas ligero que el gamo se ha precipitado de la cima de la roca , corre , vuela sobre el hielo , y

tomando senderos desiertos llega al camino de Altorff.

A breve rato reconoce las huellas recientes de los numerosos amigos que Verner había hecho salir con él de Schwitz en aquella misma noche. Guillermo las sigue, corre, se aproxima, y el tumulto, los gritos, y el ruido de las armas vienen desde luego á herir sus oídos; vuela, llega á la plaza, que está llena, que está ocupada con tres batallones de héroes; Verner, á la cabeza de los guerreros de Schwitz quiere que se aseguren las puertas antes de empezar el ataque de la fortaleza; Furst con los valientes de Uri solicita con ánsia se le confie el puesto mas peligroso; Melctar, seguido de las tropas de Underwald esgrime en el aire su pesada hacha pidiendo á grandes gritos el asalto. Gemmi que no se ha separado de su lado, armado con una larga lanza, pronuncia el nombre de Guillermo, pide su padre á todos los soldados, y desde lejos señala la cárcel en donde cree que está encerrado todavía.

El ciego Enrique, Clara y Edmea se juntan con los valerosos soldados. Recorren las filas, los diversos cuerpos de tropas, y estrechan y animan el instante del ataque.

De repente Guillermo se presenta en medio de los tres batallones. Un grito general resuena, y prolonga su eco por las montañas. Un profundo silencio le sucede. Todos esperan las órdenes de Tell: todos quieren obedecer solo á él. ¡ Amigos ! esclama el héroe, murió Gessler : este arco, esta mano acaban de castigar sus crímenes. El cuerpo de Gessler, tendido á la orilla del lago, está rodeado de viles satélites, á quienes el terror dispersa ya. Nada hay que temer por afuera. La patria está vengada, pero no está libre. No lo estará jamás mientras quede una sola piedra de ese fuerte que tenemos á la vista. Ataquemos esa terrible fortaleza, única esperanza, único recurso de esos feroces austriacos. ¡ Dén nuestras tropas el asalto juntas ! marchen delante los mas valientes ! Dice,

y tomando con la mano izquierda la bandera de Uri, y con la derecha una hacha se precipita hácia la montaña. Furst y su tropa le siguen bien de cerca; Schwitz y Verner se precipitan; Melctar con Underwald están ya á mitad de camino; y Gemmi se adelanta al lado de su padre. Sarnem los espera; Sarnem se prepara. Una nube de flechas, de tiros, salen inmediatamente de lo alto de los baluartes. Los valientes sitiadores desprecian las flechas, que no detienen su marcha, sin corresponderlas, suben llevando en la mano sus arcos. Llegan al pie de las murallas. Entonces el terrible Sarnem, á una señal que hizo a los suyos, hace precipitar desde las almenas una multitud de peñascos, de piedras, despues de haber vertido pez y aceite hirviendo. Los valientes de los tres cantones se ven heridos por todos lados, y echados por tierra: el aceite los abraza debajo de sus mismos vestidos; mueren en medio de los mas agudos dolores; muerden las piedras dando horribles

gritos ; pero estos gritos son todavía por la libertad. Los moribundos á pesar de su dolor , de su suplicio , exórtan , escitan á sus compañeros , les animan á trepar por sus cuerpos , y hacer de ellos escalones para subir á lo alto de las murallas. Los austríacos insultan sus desgracias , sus males ; Sarnem situado en el hueco de dos almenas , se mofa de sus inútiles esfuerzos , anima á sus soldados , y su presencia y su valor prolongan por largo rato este vivo ataque.

Guillermo en medio de los muertos , de los moribundos , subia siempre con ademan intrépido ; pero se para de repente alarmado con el gran número de soldados que pierde , llama á Melctar , y echándose en cara el haberse entregado ciegamente á los consejos de solo el valor , dando un solo ataque , le exórta , le manda se retire del combate , llevando consigo sus valientes soldados , con los que irá á atacar el fuerte por el lado del oriente , entretanto que Verner y él mismo redoblan sus esfuerzos y furor ,

para ocultar al enemigo este nuevo movimiento. Melctar obedece; Guillermo y Verner hacen una nueva señal, dan gritos mas espantosos, y Sarnem y sus satélites ocupados con el nuevo asalto, reunen todos sus esfuerzos para resistir á Guillermo. Durante este tiempo, Melctar y los suyos vuelan, llegan á la puerta del oriente, que estaba mal defendida por un débil puesto. Melctar la ataca con su hacha, Melctar hace poner fuego, arde la puerta, y Melctar se arroja dentro y penetra en el fuerte con sus amigos de Underwald. Todos ceden, todos huyen, todos mueren. Sarnem ocupado en resistir á Tell, oye los gritos de los fugitivos, y distingue los de los vencedores. Quiere correr al encuentro de ellos para detenerlos; se vuelve, y Melctar se presenta. Melctar rápido como un rayo, le descarga un hachazo que divide su odiosa frente en dos mitades, y asomándose por una almena alarga los brazos y grita: ¡ victoria, victoria! Guillermo se reune con él al momento, y la bandera de Uri

tremola y brilla sobre el terrible fuerte. Guillermo, Melctar, y Verner de pie sobre un monton de cadáveres, dan gracias á Dios, y corresponden á las aclamaciones del pueblo á quien acaban de libertar.

En breve se desocupa la fortaleza de los cadáveres de que estaba llena; las tropas de los tres cantones rodean é instan á sus gefes, que les lleven al medio de los habitantes de Altorff, los cuales reunidos en la plaza se apresuran por todos lados á ver á sus libertadores, besar sus triunfantes manos, confiar á su genio protector, á su valor, á sus talentos la defensa de la libertad. Pero Guillermo les pide silencio, y les dirige este discurso.

Ciudadanos, sois libres; pero esta preciosa libertad, es tal vez mas difícil de conservar que de adquirir. Para esto basta el valor; para aquello son necesarias virtudes austeras, constantes é imperturbables. Guardaos de la embriaguez de la victoria; guardaos sobre todo de la

idolatría hácia aquellos que alcanzaron el triunfo con vosotros. Hablais ya de nombrarnos por vuestros gefes , cuando la recompensa que yo pretendo por mis trabajos , la única que mi corazón envidia es , la de ser un soldado , es la de entrar en la igualdad ante la ley ; en esta igualdad dulce y pura , encanto del hombre amante de su patria. ¡ Amigos míos ! en una república todos somos útiles. ¡ Pero desgraciado aquel que se crea necesario ! desgraciado el pueblo que no castigue este solo pensamiento !

Reunios para pesar en la meditacion de la prudencia vuestros intereses y vuestros nuevos designios ; que cada uno pueda con sujecion á las leyes , pensar , manifestar y aconsejar cuanto crea útil á la patria ; que esta libertad sea concedida á todo ciudadano que tenga veinte años. Desde el instante mismo en que uno ama á su patria , tiene el derecho de ocuparse en su felicidad , de ofrecerla el tributo de su fuerza y de sus luces. Nombrad un Landeman ; que este anti-

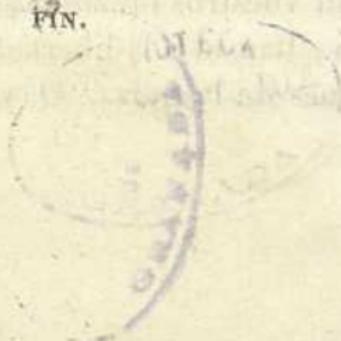
guo nombre respetado por nuestros abuelos, lo sea mucho mas por nosotros; que el consejo le dirija, y que él contenga al consejo. Haced leyes; sin leyes, ¿ que fuera de vosotros? La libertad no es otra cosa que la esclavitud de sabias leyes. Conservad vuestras costumbres, que lleguen á ser aun mas austeras: sin virtudes no hay libertad; un buen ciudadano se coloca por solo este nombre, entre los ángeles y los hombres; que sea pues mas grande que todos los hombres que le rodean.

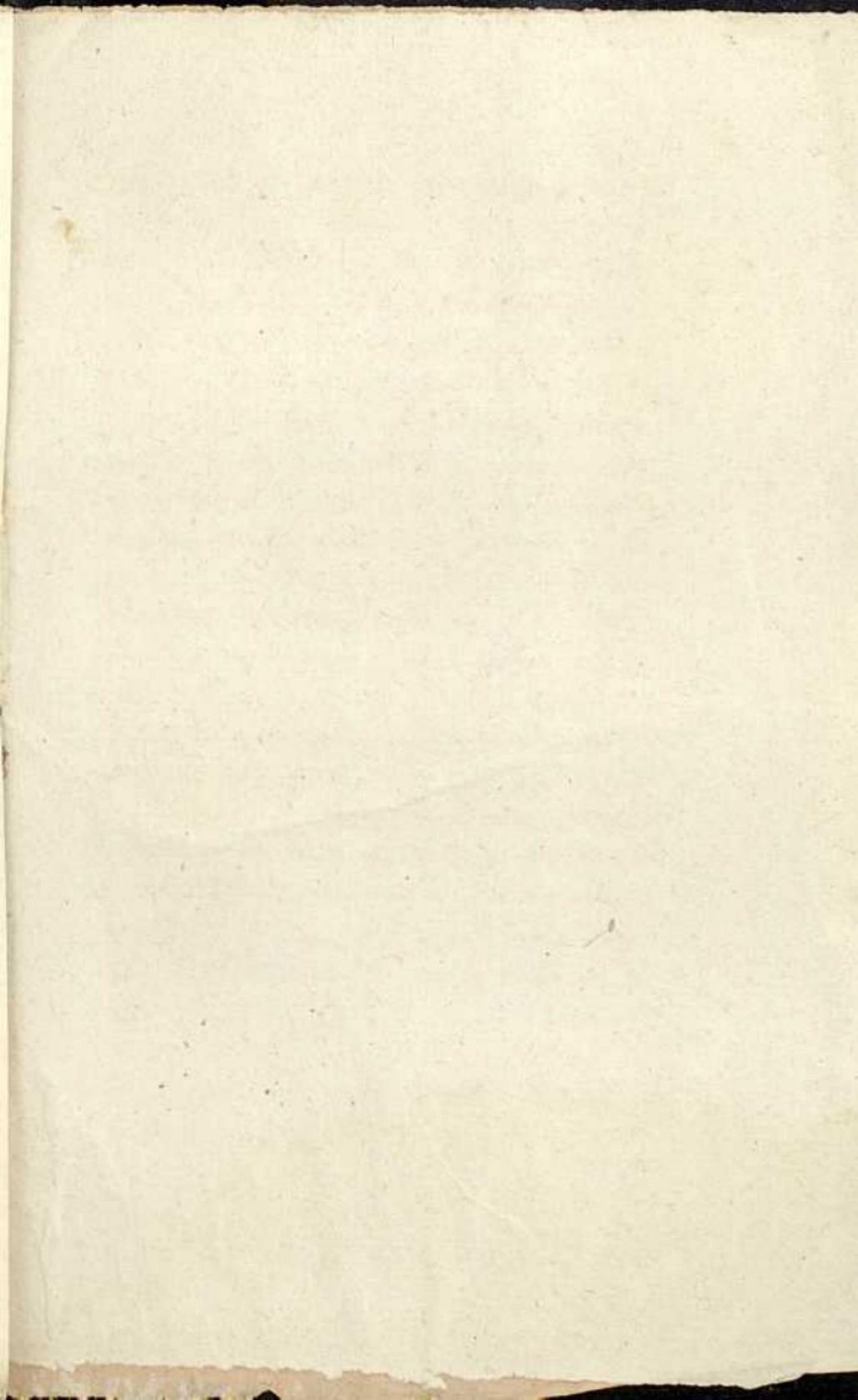
Por mi parte, ciudadanos, ni quiero, ni pido, ni acepto de vosotros sino el nombre de hermano vuestro, el derecho de pelear en vuestras filas. Esperad nuevos combates; esperad que el emperador querrá volver á empuñar el cetro que acabamos de romper. Preparaos á contrarrestar sus esfuerzos, preparaos á dar batallas, y tan solo conteis con Dios, y con vuestros brazos. Llamad, sin embargo, llamad á la libertad á los demas cantones de la Suiza. O yo me engaño, ó

sus corazones responderán á vuestra voz ; entónces á fuerza de trabajos , de virtudes y de valor fundareis una república que llegará á ser la admiracion y el espanto de la Europa entera. Entónces los reyes solicitarán vuestra alianza , y se creerán invencibles cuando tengan suizos que los defiendan. Entónces gozando de la gloria, de las armas , y de la sabiduria , preferireis , sin embargo , la gloria de ser libres y felices.

Asi dijo , y todo el pueblo le aplaude : el pueblo procedió inmediatamente al nombramiento de sus magistrados. Tell, Verner , y Melctar , vueltos á la clase de simples ciudadanos , reciben por toda recompensa una corona de encina. Se mezclan , se confunden con el pueblo que resistió por espacio de doscientos años á todos los esfuerzos del imperio , y fundó su libertad sobre sus victorias.

FIN.





Véndese esta obra en las Librerías  
siguientes :

BARCELONA,	{ <i>Indar.</i> <i>Saurí.</i> <i>Bergnes.</i>
MADRID,	<i>Cuesta.</i> — <i>Escamilla.</i>
CADIZ,	<i>Hortal.</i>
VALENCIA,	<i>Mallen.</i> — <i>Ferris.</i>

ZARAGOZA, *Cebolla.* — *Polo.* GERONA,  
*Grases.*—LÉRIDA, *Coromina.*—MALLORCA,  
*Guasp.* — REUS, *Vda. de Angelon.*  
TARRAGONA, *Oliveres.* — SEVILLA, *Caro.*

En las mismas Librerías se admiten  
suscripciones á la HISTORIA DE LA REVOLUCION  
DE FRANCIA, desde el año 1787  
hasta 1830, que constará de siete to-  
mos en 8.<sup>o</sup> prolongado, con láminas.

---